

RÍO ARRIBA: EL VIAJE INICIÁTICO DE GUIDO BOGGIANI

Upriver: Guido Boggiani's Voyage of Initiation

María V. Kokrhaneck †

Federico Bossert*

José A. Braunstein**

Resumen

Se publican aquí, en versión bilingüe, algunas páginas del diario inédito llevado por Guido Boggiani entre 1888 y 1892, las cuales describen las primeras jornadas de su primer viaje a los territorios indígenas del río Paraguay. En la introducción y las notas a pie de página se destaca la importancia que este texto posee tanto para la historia y etnografía de la región (ya que describe en detalle la vida en los obrajes a fines del siglo XIX), como para los estudios sobre la vida y obra de Guido Boggiani (al echar luz sobre su conversión a la etnografía y su duradero interés por la familia lingüística enlhet-enenlhet).

<Boggiani> <Chaco> <Guaná> <Compañía Casado>

Abstract

A portion of Guido Boggiani's unpublished diary, written from 1888 to 1892, is presented here for the first time. It describes Boggiani's initiation into the indigenous territories of the Paraguay River. Our introduction and footnotes examine the importance of this text for the historiography and ethnography of the region, given its detailed account of life in the sawmills toward the end of the nineteenth century. The text also sheds light on Boggiani's conversion to ethnology and on his engagement with the linguistic family enlhet-enenlhet.

<Boggiani> <Chaco> <Guaná> <Casado Company>

Recibido: 30/03/2015 // Aceptado: 10/06/2015

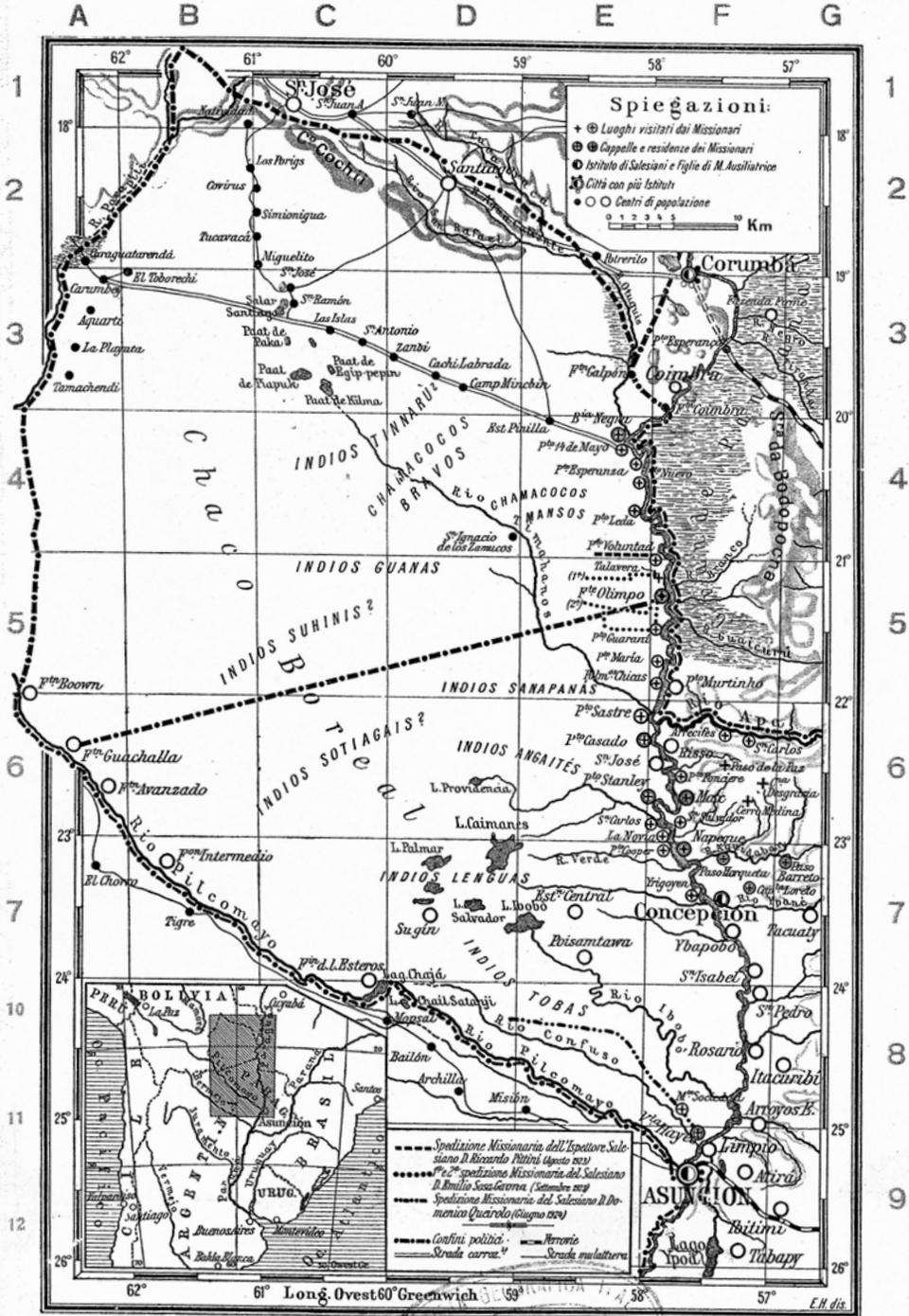
Es un lugar común, en los muchos escritos biográficos dedicados a Guido Boggiani, presentarlo como un artista devenido en etnógrafo –los títulos de esos escritos agotan todos los retruécanos posibles de los términos “pintor”, “explorador”, “arte” y “ciencia”. Lo cual, por supuesto, es exacto. Sin embargo, no es menos cierto que ignoramos cómo, bajo qué circunstancias concretas tuvo lugar esa transformación. Podríamos muy bien imaginar –también aquí, sin arriesgar demasiado– que su sensibilidad artística lo predisponía a establecer lazos empáticos con los indígenas, y

* CONICET, fbossert@gmail.com

** José A. Braunstein, CONICET, jabraunstein@gmail.com

Ciaco Paraguay

Tav. 12



que esto inevitablemente debía desembocar en intereses etnológicos. Sin embargo, si se advierte que las temáticas etnológicas estaban muy lejos de sus inquietudes cuando, a los 26 años, realizó se embarcó por primera vez hacia América, o incluso cuando decidió internarse en el Paraguay, y que las razones detrás de esos viajes a la selva eran en buena medida comerciales, la cuestión deviene un poco menos evidente.

Las páginas que aquí publicamos forman parte del diario llevado por Boggiani entre 1888 y 1892, durante su viaje a Argentina, Paraguay y Brasil. Describen, precisamente, las primeras jornadas de su primer periplo por los territorios indígenas del río Paraguay. Ofrecen, por lo tanto, un doble interés. En primer lugar, histórico y etnográfico: describen, con lujo de detalle, cada puerto del río Paraguay, la vida cotidiana en los vapores que lo surcaban, el comercio de bueyes y maderas, las vestimentas, habitaciones y trabajos de los indígenas (angaités, sanapanas y guaná) empleados en los obrajes de la zona y en los puestos de la Compañía Casado. En segundo lugar, y tal vez principalmente, estas páginas poseen un interés biográfico: nos permiten apreciar de cerca las razones que, más allá del azar de la aventura, llevaron a Boggiani a dedicarse a la etnografía. En esta breve introducción, entonces, luego de algunas notas sobre el manuscrito, comentaremos los contenidos etnográficos y biográficos de las páginas que se ofrecen a continuación.¹

1. El manuscrito

Existen, hasta donde sabemos, dos *corpus* de diarios redactados por Guido Boggiani durante sus viajes: el primero comprende su primer viaje a América, entre 1888 y 1892; el segundo, formado por siete cuadernos, abarca su viaje a Grecia y su segunda estadía en América, entre 1895 y 1899. Este último, que estaba entre los manuscritos de Boggiani rescatados por Vojtěch Frič en Paraguay, y que según parece luego pasó a manos del lingüista Čestmír Loukotka, hoy está perdido –aunque Pietro Scotti, en los sesenta, consiguió una copia microfilmada de seis de esos cuadernos y publicó un digesto de sus contenidos (Scotti, 1980). Sin embargo, partes de ese diario habían sido utilizadas por Boggiani en dos escritos que se publicarían décadas después de su muerte: uno dedicado a su viaje a Grecia en 1895, el otro sobre su segundo viaje a los caduveos en 1897 (Boggiani, 1930). También estos dos manuscritos habían pasado por las manos de Loukotka, quien en 1928 los entregaría a Alfred Métraux, quien finalmente iba a dejarlos en la Universidad de Yale, donde se encuentran hoy. Ahora bien, del mismo modo que Boggiani había elaborado estos textos a partir de las anotaciones de sus diarios, también su famoso primer libro etnográfico, *Viaggi d'un artista nell'America meridionale* (Boggiani 1895c), estaba basado en el diario que llevó

¹ Fue María Kokrhanek, Maruska, que por aquel entonces trabajaba en la transcripción del manuscrito de Boggiani sobre los sanapaná, quien descubrió las virtudes de estas páginas, y a partir de ese día nos entusiasmó –nos conminó– a editarlas. Empezó con energía inagotable –venciendo el agotamiento de una larga y terrible enfermedad– la minuciosa transcripción de este pasaje, y pasó sus últimos meses explorando con avidez el grueso manuscrito del diario que –nos decía– la transportaba al feliz tiempo que había pasado en el Chaco argentino. Durante esos últimos meses, discutimos apasionadamente sobre Boggiani, sus diarios, y cada línea de este fragmento. Maruska falleció en Italia en septiembre de 2014; era nuestro deber de amistad terminar el trabajo que ella había empezado.

durante su primer viaje a América. Hasta hace algunos años existían muy pocas –y muy breves– referencias al mismo: una carta del hijo de Frič a Scotti, que lo mencionaba entre los manuscritos conservados por su familia en Praga (Scotti, 1980: 337); y la publicación de algunos de sus dibujos por Maurizio Leigheb, quien lo consultó en el archivo Frič en 1984 (Leigheb, 1986: 124-125; Leigheb y Cerrutti, 1986: 13; Nobili, 1986: 73, 75, 77).

Así pues, todo indica que este manuscrito se hallaba entre los papeles rescatados por Frič en Paraguay, y que fue conservado –junto con muchos otros documentos y fotografías– por sus descendientes en Praga (Frič y Fričová, 1997: 20). Hasta que, hace algunos años, comenzaron a circular fotocopias del diario, que hoy obran en diversos archivos y bibliotecas. A partir de entonces aparecerían, en exhibiciones y escritos dedicados a Boggiani, nuevas referencias al diario.² Sin embargo, hasta donde llegan nuestras noticias, ésta es la primera vez que se publican *in extenso* algunas de sus páginas.

Resumamos, en pocas líneas y a modo de contexto para esas páginas, los contenidos del diario. El manuscrito comienza por el folio 13, en febrero de 1888, con Boggiani viajando por la Patagonia argentina. Entre julio y agosto de ese año se detiene en Buenos Aires, y realiza dos visitas a Asunción en septiembre y en noviembre. A comienzos de 1889 se embarca desde Asunción hacia Puerto Casado; el fragmento que aquí ofrecemos cubre las primeras jornadas de este viaje, entre el siete y el catorce de febrero. Permanece cuatro meses en esta región, instalado en Puerto Casado y realizando expediciones breves a diversos “puertos” del Alto Paraguay (Puerto Pacheco, Puerto San José, Peña Hermosa, Fuerte Olimpo, entre otros). Dedicó este tiempo a tomar fotografías y componer cuadros sobre el paisaje y las tolдерías de los guaná, sanapaná y angaité, y comienza a realizar anotaciones sobre sus vocabularios y su vida social. El 18 de mayo de 1889 emprende el regreso a Asunción: “ha terminado la campaña al Chaco; preparémonos para emprender alguna otra”, escribe (f. 158). Sin embargo, en esa ciudad encuentra a Miguel Ignacio Acevedo, quien lo invita a asociarse a su negocio “de proveeduría” en el Alto Paraguay, con bases en Fuerte Olimpo y Bahía Negra (también llamado Puerto Pacheco). “Heme aquí comerciante de golpe”, anota mientras vuelve a remontar el río, apenas un mes más tarde de una partida que creía definitiva (f. 159). Comienza entonces un período de múltiples viajes entre Asunción y el alto Paraguay, donde trabaja rodeado por los chamacoco. La última parte del diario (folios 175 a 276) se ocupa de la expedición al territorio caduveo del río Nabileque, entre enero y abril de 1892, y es reproducida casi textualmente en *Viaggi d'un artista nell'America meridionale*.

² Así, reproducciones de algunas de sus páginas fueron exhibidas en el Museu de História do Pantanal, en Brasil; y, más recientemente, algunos pasajes del texto fueron citados en el catálogo de una muestra realizada en Asunción en 2014 (La Francesca 2014). Allí, Leigheb (2014: 14) anota que actualmente el manuscrito es propiedad de Alain Moreau. Nosotros hemos realizado esta transcripción a partir de una de esas copias, y no poseemos informaciones sobre la ubicación del manuscrito original.

2. Geografía y pueblos indígenas

Los indígenas que Boggiani encuentra en estos primeros días de su viaje son aquellos establecidos en los obrajes de José Monte y Carlos Casado: ante todo, los sanapaná, los angaité del cacique Michí, y los guaná del cacique Keirá. Estas páginas no sólo ofrecen un cuadro *dal vero* de la vida cotidiana en esos establecimientos, sino que contienen los gérmenes de problemas etnológicos de los que se ocuparía hasta el final de su vida; en particular, la determinación del mapa étnico de los grupos que forman la familia lingüística enlhet-enenlhet. De hecho, él fue uno de los primeros en establecer, a partir de información directa recogida durante sus viajes, el parentesco lingüístico entre todos estos grupos, y disipar algunos equívocos que existían al respecto.

Cuando Boggiani remontó por vez primera el río Paraguay, en el verano de 1889, la Gran Guerra había terminado hacía sólo 19 años. No obstante el desastroso desenlace para el Paraguay, el laudo Hayes había conducido al reconocimiento internacional de su soberanía sobre una porción inmensa del Chaco boreal. Ingentes superficies de tierra fueron entonces vendidas a particulares. Se trataba de un territorio hasta entonces casi desconocido e inexplorado, y desde tiempos coloniales considerado “tierra de indios”. En efecto, el río Paraguay había sido desde la conquista una verdadera frontera para los asuncenos, quienes consideraban que la margen opuesta a su ciudad estaba poblada por una multitud de salvajes guerreros que habían protagonizado durante siglos incontables invasiones de saqueo sobre el territorio oriental. Durante los primeros dos siglos de instalación urbana en Asunción se conocía de los chaqueños poco más que una onomástica, y ésta era heredera de los sistemas de clasificación étnica característicos de la lengua de los “carios”: el sustrato guaraní colonial que identificaba a “guaycurúes”, “mbayás”, “payaguás”, “guanás”, etc. A partir de la segunda mitad del XVIII, pocos años antes de su expulsión de las colonias españolas (1767), los misioneros jesuitas, en especial Joseph de Sánchez Labrador, comenzaron a ofrecer una imagen *chorográfica* del Alto Paraguay. Para entonces, ya se señala que algunos “naturales” del Chaco habían sido desplazados de sus antiguos asientos hacia la margen oriental, o asimilados, por una oleada invasora de indígenas aún más salvajes: los “lengua”. Tan sólo unos pocos años más tarde, hacia fines del XVIII, Félix de Azara y otros oficiales borbónicos –que describen el conjunto étnico siguiendo los patrones de las ciencias naturales– presentan un panorama étnico y lingüístico tan heterogéneo y fragmentario que deja a la categoría “lengua” en una nebulosa. La mayoría de esas descripciones provienen de una misma fuente: los escritos del cura de La Emboscada, el Franciscano Amancio González Escobar. Su cuadro léxico-comparativo, reproducido por Francisco de Aguirre en su diario (Peña, 1898), se convirtió en una de las principales fuentes para el conocimiento étnico.

Cien años más tarde, en el verano de 1889, Guido Boggiani observa a lo largo del río, en su primer viaje desde Asunción a Puerto Casado, indígenas de los pueblos que forman el conjunto que posteriormente denominaría *machicuí*, quienes por entonces se instalaban durante lapsos variables para trabajar en los obrajes y fábricas de tanino de la franja costera. Como hemos dicho, Boggiani dedicaría a estos primeros grupos

chaqueños que conoció un meticuloso esfuerzo de colección etnográfica y lingüística. Tropezó primero con la dilatada magnitud territorial del “machicuí” –insospechable según los esquemas científicos de la época– al que inscribió primero en un genérico *Ennima*, equivalente al ambiguo “lengua”. Como el viejo “lengua-enimagá”, este grupo excedía con creces el núcleo de los indígenas que en ese entonces eran llamados “lengua” (los actuales enlhet y enxet), y que comprendía hacia el Sur a los “toóslé” (maká), hacia el Este a los “sújen” (niwaqlé), y hacia el Norte a los angaité, sanapaná, sapuquí y guaná. Este conjunto adquirió status científico con los escritos de D. Brinton sobre el Gran Chaco (Brinton, 1898). Hasta que la mencionada publicación de los extractos del diario de Aguirre, que incluían las “listas de vocablos en las diferentes lenguas...”, hizo estallar toda la estructura taxonómica extraviada tras la clave lingüística parónima, al demostrar que, al menos en cuanto al idioma, nada tenían que ver los “lengua” del XVIII con los del XIX. Se produjo entonces una reacción contra la autoridad de Brinton y su postulación del grupo “ennima” –el cual había llegado a incluir a tobas, pilagás y mocovíes.³ Los diarios de Aguirre probaban que el conjunto “ennima” contenía pueblos que hablaban lenguas diferentes y, sobre todo, diferentes de las consignadas para los enimagá por las fuentes centenarias. Boggiani, entonces, definió el grupo lingüístico “machicuí” agrupando los idiomas claramente emparentados de la margen derecha del Paraguay y el Arroyo Mosquito, y a partir de entonces la etnografía regional comenzó a distinguir entre los “lengua antiguos” y “lengua modernos”. En síntesis, la constatación de la homogeneidad lingüística de los pueblos de la margen derecha del río Paraguay, idioma que coincidía parcialmente sólo con uno de los muchos idiomas de la lista de Aguirre –el *machicuí*– condujo a Boggiani a postular un conjunto étnico “machicuí”. Esta delimitación daría origen, con el paso de los años, a la “familia lingüística lengua” y, luego, al núcleo enlhet-enenlhet.

En su *Compendio...* Boggiani ubicaba a los pueblos hablantes de su “machicuí” sobre una curva que comenzaba tierra adentro, siguiendo el “río de los Guaná”, y terminaba contorneando la orilla derecha del río Paraguay hasta el sur de la ciudad de Concepción. Nombraba, comenzando desde el Sur, a los *machicuí*, *angaité*, *sanapaná*, *sapuquí* y *guaná*. Pues bien: éste es justamente el sentido de sus primeros encuentros con los indígenas chaqueños –narrados, en parte, en nuestro extracto. En efecto, el lugar donde presumiblemente Boggiani observó por primera vez un grupo de indígenas chaqueños fue “Puerto Pedernal”, un sitio costero al sur de Concepción en el que su barco buscaba leña para la caldera. Del grupo de “indios lenguas” que divisó desde el puente destacaría los “collares de cuentas cuadrangulares de madreperla” y los “mantos de piel con el pelo para adentro”, elementos que hoy son sólo un recuerdo. Usó el nombre “lenguas” para identificarlos; el mismo que hoy se daría a los indígenas de esos lugares, quienes son posiblemente descendientes de aquellos –aunque, como vimos, para Boggiani el significado de este término cambiaría de manera considerable con los años. No identificó a los indígenas que encontró en su camino hacia el Norte, pero sí a los que conoció en la siguiente parada: eran “sanapaná”, “como todos aquellos que

³ Reacción encabezada por Lafone Quevedo, a quien Boggiani seguiría en esta y otras cuestiones (Boggiani, 1899; ver Scotti, 1955).

vinieron a vivir a la orilla del río después de la llegada de los nuevos habitantes”. Por fin –como en un recorrido premonitorio por la línea de pueblos “machicuí”– en una excursión a Puerto Formosa, frente al actual Puerto Vallemí, encontraría a los “guaná” de los caciques Pucú y Keirá.

La fama que alcanzarían los estudios de Boggiani –y, ante todo, sus fotografías– sobre los caduveo y chamacoco no debe llevarnos a soslayar los muchos esfuerzos que dedicó a estas cuestiones, cuyos primeros gérmenes pueden ser rastreados en las páginas que aquí presentamos (Boggiani, 1895a; 1897; 1899; 1901). De hecho, al morir se encontraba trabajando –desde hacía años– en un largo y complejo estudio, histórico y etnográfico, sobre los primeros indígenas que conoció en Puerto Casado: los sanapaná.

3. El inicio del etnógrafo

¿De qué manera y por qué razones este joven europeo de buena cuna, artista celebrado, promesa de la pintura italiana, comenzó a interesarse por registrar la vida indígena? La mayoría de los (muchos) biógrafos de Boggiani optan por sobrevolar en pocas líneas el período –de casi tres años– desde su primer ascenso al río Paraguay hasta su famoso viaje a los caduveo. Algunos, a partir del obituario de Giglioli en el Boletín de la Sociedad Geográfica Italiana (1902: 1040-1041), señalan simplemente, como toda respuesta a esta cuestión, la sed de aventuras propia de la juventud, el anhelo por conocer paisajes vírgenes. Aquí se nos recuerda que Boggiani estaba formado en la escuela de Filippo Carcano, la cual privilegiaba “la reproducción fiel de las bellezas naturales” (Cesura, 1986: 25). Habrían sido esos ideales estéticos los que, inevitablemente, lo llevaron a la etnología: la pasión por la naturaleza lo habría conducido a la pasión por sus habitantes. El propio Métraux parece sugerir una idea parecida: “Boggiani dejase llevar por su genio artístico, por su gusto por lo pintoresco y por su amor por la observación: más que a los cueros [que había ido a comprar entre los caduveo], dispensó preferentemente atención a los maravillosos paisajes tropicales y a las escenas que desarrollábanse a su vista.” (Métraux, 1930: 497). Sin embargo, también hubo entre esos biógrafos quien admitiera la profundidad del problema: “No le seguiremos en los tiempos de su iniciación en el nuevo Mundo (...) El fenómeno más interesante de su vida, el más decisivo, pues en él le iba la existencia, se producía sin embargo en estos momentos. El artista y esteta, en contacto con el misterio de la selva, empieza a transformarse en investigador.” (Díaz-Pérez, 1926: 124). Pues bien, estas páginas ofrecen diversas pistas que contribuyen a disipar ese misterio.

En primer lugar, afirman, y a la vez acotan, la idea de que Boggiani fue llevado a la etnología por el mero impulso de su sensibilidad artística. Sabemos que, efectivamente, había llegado a América, ante todo, para desarrollar su carrera artística⁴. Bien podemos pensar que el propósito concreto de su viaje a Patagonia primero, y a Puerto Casado después, era pintar cuadros en paisajes exóticos –así se indica, al menos,

⁴ Así, apenas llegado a Buenos Aires, a fines de 1887, escribía a su hermana: “mis asuntos todavía no han comenzado porque todavía no me han llegado los cuadros” (Scotti, 1963: 329-330); y las siguientes cartas reportan los progresos realizados en este campo: los cuadros pintados y vendidos.

en la primera de nuestras páginas. Y, por otro lado, la perspectiva del artista predomina en nuestro fragmento: a pesar de escribir en condiciones que distaban mucho de ser cómodas, Boggiani lleva su diario en un estilo literario cuidado, por momentos lírico; y escribe, ante todo, como un pintor: anota el color violáceo de las nubes al atardecer, el contraste de los collares de madreperlas con la piel de los indígenas, el reflejo de las rocas calcáreas en el río, los diversos tonos de verde de la vegetación en la ribera. Y ciertamente esta mirada prima en sus primeras impresiones sobre los indígenas, descritos a la distancia, como una parte intrínseca del paisaje (véase la descripción de un grupo de “lenguas”, el día 9 de febrero), y compuestas ante todo por notas estéticas: las vestimentas, los adornos, los peinados. A sus inquietudes artísticas puede imputarse, también, el inicio de una actividad que iba a convertirse en una parte importante de sus investigaciones etnológicas: la colección de objetos indígenas. Encontramos varias menciones al respecto en estas páginas: apenas dos días después de zarpar, Boggiani conseguía las primeras piezas de lo que sería, en sus palabras, “mi futura gran colección” (f. 112).⁵

Ahora bien, al cabo de los pocos días que ocupa este pasaje del diario, presenciamos una sensible transformación en su perspectiva sobre los indígenas. En el curso de estas páginas, la simple percepción estética y la curiosidad coleccionista comienzan a entremezclarse con un interés nuevo, más complejo, por comprender realmente a los indígenas con quienes convive. Así, al cabo de los primeros encuentros, manifiesta la intención de “estudiar bien” a los indígenas, aunque –aclara– no a los establecidos en los puertos tanineros (a los que considera “corrompidos” por la civilización), sino a los de tierra adentro.

Algunos estudiosos boggianistas apuntan, siempre fugazmente, un dato sobre este primer viaje al río Paraguay: fue Juan de Cominges quien le presentó a los primeros indígenas. Al fin y al cabo, el propio Boggiani había reconocido esa deuda en uno de sus primeros escritos: “Conocí a los guaná en 1889 en Puerto Casado, en el Gran Chaco sobre el río Paraguay. Por una feliz coincidencia, estuve allí con el mismo Don Juan de Cominges, y así me fue sencillo, por su intermedio, estrechar fácilmente amistad con los indígenas y recoger informaciones más amplias y sólidas que las que habría podido recoger estando solo.” (Boggiani, 1895a: 59). Sin embargo, podemos presumir que la influencia de Cominges sobre Boggiani fue mucho más allá que estos favores logísticos.

⁶ A pesar de ser un promotor de la colonización agrícola del Chaco, era un defensor de

⁵ De hecho, fue esa colección la que lo pondría en contacto con su socio comercial en el Alto Paraguay: “tenía continuos contactos con él por la cuestión de mis colecciones de objetos indígenas, que él comerciaba.” (f. 158). Al cabo de cuatro años de viajes por el interior del Paraguay y Brasil, esa colección sumaría miles de piezas, provenientes de diversos grupos del Chaco y el Mato Grosso; y una buena parte sería vendida al Museo Nazionale Preistorico-Etnografico (hoy Museo Pigorini).

⁶ Cominges debió ser un personaje inevitablemente atractivo para el joven Boggiani. De ideales radicalmente democráticos y republicanos, su vida en Europa y América había sido un entramado de aventuras, en muchos casos riesgosas: allá, participó de las revoluciones de 1866 y 1868 contra los Borbones; y en América, en 1879, realizó una larga expedición al territorio guaná. La amplitud de sus intereses no era menor que la que alcanzaría el versátil italiano: botánico, militar, explorador, periodista, abogado amateur, arqueólogo aficionado, fabricante de jabones y poeta. Así, en estas páginas lo encontramos

los indígenas en una medida extraordinaria para le época. Con términos que adelantaban un siglo, calificaba el posible exterminio de los indígenas chaqueños como “un acto de lesa humanidad” (1892c: 347): consideraba un crimen el asesinato de quienes eran, al fin y al cabo, “más dueños que nosotros del territorio que ocupan” (1892c: 350). No sólo era un activo detractor de la conquista militar de los territorios indígenas; también poseía ideas muy concretas sobre las relaciones que el frente colonial debía establecer con los trabajadores indígenas: consideraba que las pagas miserables, los engaños y la explotación sólo podían provocar una degradación moral, alterando valores admirables; y que por lo tanto la colonización debía realizarse por medio de “maestros, aparatos, herramientas, semillas, ganados, lealtad en las relaciones que con ellos se establezcan, y alejamiento completo de sables, lanzas, fusiles y cañones” (1881: 7). No es arriesgado imaginar que, en el monótono ascenso del río, las charlas con el viejo Cominges sobre el Chaco, los indígenas y las expediciones debieron influir sobre Boggiani, recién llegado a esas latitudes en busca de aventuras.⁷

En efecto, además de los paralelos generales que podamos advertir entre las biografías y las opiniones de ambos, encontramos algunas continuidades muy concretas.

En primer lugar, es bajo influencia de Cominges que Boggiani comienza a registrar las primeras palabras en idioma indígena –germen preliminar de los estudios “machicuí” reseñados más arriba. Aquél había realizado su viaje al territorio guaná en compañía de indígenas que casi no hablaban castellano o portugués; con un manojo de palabras guaraníes como lengua franca, debió esforzarse por integrarse a sus compañeros y dominar algunos términos guaná –que luego publicaría (1982b). Boggiani comienza por anotar las palabras guaná que Cominges recuerda, y pronto emprende su propio vocabulario: “un pequeño diccionario que me puede resultar útil, siendo el idioma *guaná* como el toscano del Chaco”, anota. De regreso a Italia, uno de sus primeros artículos etnográficos sería justamente el “Vocabulario del idioma guaná” (Boggiani, 1895a); ni más ni menos, un cuadro comparativo entre los vocablos publicados por Cominges y los anotados por él mismo.

En segundo lugar, colecciona esas palabras con un propósito preciso: “Me las meteré bien en la cabeza, y recogeré todas las que pueda, ya que podré servirme eficazmente de ellas si algún día realizo una excursión al interior” (f. 119). Todo indica que el relato de las aventuras del español lo condujo a planear, desde temprano, un viaje muy similar: en soledad, al lejano interior de los territorios indígenas.⁸ Proyecto

realizando, con Boggiani como asistente, improvisados estudios hidrográficos.

⁷ Otro pasajero del vapor agrega una línea a este cuadro: “Como algunos administradores de los inmensos territorios de don Carlos Casado aconsejasen a éste cierto rigor con los indios, Cominges, defensor de éstos, buscó en su apoyo el concurso de las señoras y señoritas de a bordo, que iban cosiendo trajes para regalar a los indígenas de las posesiones de Casado.” (Alonso Criado, 1892: xxxv).

⁸ Boggiani plasmaría esa admiración en algún escrito: “Este viejo interesantísimo, escritor agudo y profundo, científico, traicionado y abandonado por sus compañeros en una expedición que dirigía, organizada para intentar –hace unos dieciséis o diecisiete años– atravesar el Chaco del Río Paraguay a Bolivia, retomando el itinerario que había seguido Ayolas, tuvo el coraje de abrirse camino él solo en la inmensa selva, acompañado sólo por salvajes, con quienes se internó cerca de 80 leguas, hasta alcanzar sus aldeas, y ahí se quedó –si no recuerdo mal– nada menos que dieciocho meses.” (Boggiani, 1894: 471).

que repetirá varias veces a lo largo del diario –y que finalmente llevará a cabo en su expedición a los caduveo del río Nabiléque. De hecho, sus primeros planes consistían en replicar exactamente el itinerario seguido por Cominges, internándose hasta la toldería del cacique Keirá: “le dije [a Keirá] que quiero ir a verlo en su *pahát*; y casi le he prometido ir con él en cuanto termine el cuadro que acabo de comenzar. Es muy probable que lleve a cabo este proyecto.” (f. 130). Tiempo después, ya en Bahía Negra, repetía estos planes respecto de sus vecinos chamacoco: “posiblemente me internaré con ellos por algunos días, y allí podré observar mejor sus hábitos y costumbres” (f. 159).

En tercer lugar, Boggiani debe a Cominges algunos intereses concretos por la historia y la etnografía del Chaco. En el relato de su viaje de 1879, este último vinculaba permanentemente su expedición con las de los conquistadores del siglo XVI, en particular Juan de Ayolas: “mi felicidad de penetrar hasta el corazón del Chaco, donde jamás se ha impreso la huella de ningún hombre civilizado, con excepción del malogrado Ayolas”, escribía (Cominges, 1892a, 102). Esto no era sólo una divagación literaria: dedicaría varias páginas a determinar la ubicación del puerto de La Candelaria –desde el cual Ayolas había partido–, y creía haberlo encontrado a la altura del “Arroyo de los Guaná” (ver Cominges, 1892a: 7-15; 1892c: 290-291). El principal propósito de estas pesquisas era, siempre, encontrar el buen camino a través del Chaco. Pues bien, también Boggiani dedicaría largos esfuerzos a establecer la posición original de ese puerto, que ubicaría en el mismo lugar que Cominges. Pero esta vez sus razones no eran simplemente logísticas, sino ante todo etnológicas: se proponía cotejar las crónicas del siglo XVI con la realidad observada a fines del XIX, para así identificar a los grupos étnicos de la región –de este modo, por ejemplo, llegaría a equiparar, aunque sin mucha convicción, a los guaná con los naperú descriptos por Ulrich Schmidel.⁹

Por último, esta fascinación compartida por las expediciones pioneras no estaba desprovista, en ninguno de los dos casos, de intereses comerciales. Cominges había realizado su expedición, contratado por la empresa Brabo, para explorar el posible trazado de una línea férrea a través del Chaco hasta Bolivia. Y diez años más tarde –en el viaje que compartió con Boggiani– remontaba el Paraguay con el mismo objetivo: propuso a Carlos Casado “interponer mi amistad con todas las tribus y contribuir con mi conocimiento del territorio a construir el ferrocarril desde el grado 22 a Santa Cruz de la Sierra en Bolivia” (Cominges 1892d: 371). Pues bien, según Scotti, en 1892 Boggiani presentaba al gobierno boliviano este mismo proyecto (Scotti, 1963: 343). Y dos años más tarde, alentado por rumores de un tratado limítrofe entre Paraguay y Bolivia, todavía ambicionaba realizar enormes negocios con este plan: “Una vía férrea unirá muy pronto el centro de la república boliviana con las orillas del Río Paraguay, exactamente con Puerto Pacheco, que en muy poco tiempo está destinado a convertirse en un importante centro de población y de comercio.” (Boggiani, 1894a: 161).

⁹ De hecho, el primer tercio del manuscrito –inédito e inconcluso– que dedicó a los sanapaná trata sobre esta cuestión –la ubicación del puerto de Candelaria–, y el segundo tercio es una descripción minuciosa del camino que se interna en el Chaco, siguiendo el “Arroyo de los Guaná”, hasta las tolderías de este grupo. Es decir: una repetición del periplo seguido por Cominges en su viaje de 1879.

Más allá de los paralelos y las conjeturas, el propio Boggiani expresaría claramente la importancia que atribuía a su compañero de viaje, cuyas excursiones habían prefigurado las suyas –y en cuyos diarios de viaje encontraba las virtudes que, seguramente, esperaba plasmar en los propios: “Cominges merecería ser estudiado con atención. Muy pocos han sabido comprender y sentir la profunda poesía de las selvas americanas y de la vida dura y primitiva de sus habitantes. Las páginas que escribió al respecto están llenas de observaciones finísimas que impresionan y conmueven, en particular a quien conoce aquel extraño y temible desierto, aquella gente tan primitiva.” (Boggiani, 1895a: 59-60).

Ante todo, estas páginas muestran claramente que Cominges no sólo facilitaría a Boggiani el contacto con los guaná, sino que también le enseñaría una importante lección: que un europeo y un indígena podían ser amigos. Las líneas sobre el emocionante encuentro entre el viejo explorador y el cacique Keirá, al cabo de una década sin verse, marcan el punto culminante de estas siete jornadas –y acaso, en alguna medida, un punto de inflexión en la mirada de Boggiani, quien no comprendía por qué lo conmovía tanto “ver a esos dos viejos juntos, cambiando demostraciones de afecto”, y terminaba el día en una hamaca rodeada de indígenas. Cominges bien pudo representar, para él, un primer modelo de explorador y aventurero; y ciertamente sus amigos chaqueños, los guaná del cacique Keirá, fueron los primeros en despertar su anhelo de empatía y conocimientos etnográficos. Si hasta aquí las notas sobre indígenas eran esporádicas y primordialmente estéticas, la siguiente jornada comenzaba de este modo: “Estuve todo el día conversando con los cuatro indios guaná (...) nos hicimos buenos amigos. Les dije que iría a visitarlos a sus toldos, en el interior, y se mostraron muy felices.” (f. 124).

Por supuesto que, cualquiera haya sido el impacto que estas primeras, embrionarias experiencias tuvieron sobre su mirada y sus ideas, la conversión a la etnología no sería ni súbita ni rápida: su principal tarea seguiría siendo, por mucho tiempo, pintar cuadros. Sin embargo, algo había cambiado allí. En la siguiente entrada del diario, una semana más tarde, Boggiani escribía:

“Hoy he comenzado un cuadro (70x200) en la toldería de los indios que viven en Puerto Casado. Representa a toda la toldería, con gente y animales. Será un verdadero cuadro salvaje. Creo que hasta hoy nadie ha pensado en hacer cuadros como éstos, directamente en el lugar y sobre temas así. Tendrán, al menos, el mérito de la novedad y la autenticidad. Los indios que me veían dibujar no requerían explicaciones. Entienden todo desde el primer trazo del lápiz. Son, verdaderamente, bastante más inteligentes que mucha de nuestra gente civilizada. He encontrado gente mucho más salvaje que ésta, en cuanto a inteligencia y capacidad de comprensión, en varias partes de Italia. Lo siento mucho, pero es así.” (f. 124, 20 de febrero de 1889).¹⁰

¹⁰ Este cuadro, terminado un mes más tarde (f. 130) se titulaba *Toldería di indiani sanapaná*. Se ha perdido (ver el catálogo de obras en Leigh 1986: 184-185)

Notas sobre la transcripción

Algunas observaciones sobre los criterios utilizados en la transcripción y traducción.

Alteraciones en la traducción: En la versión italiana hemos procurado reproducir lo más fielmente posible el manuscrito original, tanto el texto como las marcas, mientras que en la traducción al castellano se ha procurado facilitar la lectura subsanando algunas imperfecciones. Así, mientras que en la versión italiana se han respetado todas las grafías del manuscrito –excepto algunas faltas ortográficas evidentes, que se han corregido sin consignarlas–, en la traducción hemos corregido algunas de ellas. Por ejemplo: en la versión italiana el apellido de Juan de Cominges aparece escrito de diversas maneras, mientras que en la traducción se utiliza siempre la grafía correcta. Este mismo criterio ha sido utilizado para la notación de los nombres indígenas, modificando en algunos casos la fonética italiana utilizada por Boggiani; por ejemplo: “Cheirá” en la versión italiana, “Keirá” en la castellana. Y también para las mayúsculas y otras convenciones sintácticas; por ejemplo: “puesto Pedernal” en la versión italiana, “Puesto Pedernal” en la castellana.

Tachaduras: En ambas versiones se han conservado las tachaduras –cuando resultaban legibles y poseían algún interés. Cuando no era el caso, se las ha omitido sin aclaraciones.

Corchetes: En las dos versiones se han agregado entre corchetes las palabras que constituyen omisiones evidentes, las fechas completas y las palabras de lectura dudosa –en este caso, precedidas por la aclaración “Illeg.” o “Ileg.”. En la versión castellana, además, se han incluido entre corchetes algunas correcciones, allí donde los errores eran evidentes; por ejemplo, “Cancro del Capricorno”, ha sido traducido “[trópico] de Capricornio”. Por último, los números entre corchetes señalan el comienzo de cada folio del manuscrito, numerados por el propio Boggiani.

Itálicas: En la versión italiana, las palabras en castellano presentes en el manuscrito han sido puestas en itálicas. Las hay de diversos tipos: en algunos casos, se trata de palabras para las cuales Boggiani no encontró traducción directa –“poncho”, “picadas”, “carpincho”–; pero en otros ha utilizado sistemáticamente términos castellanos que hubiera podido traducir, acaso como registro de los localismos –y en todo caso en forma deliberada ya que el cuidado estilo literario de estas páginas hace muy improbable que confundiera términos de ambos idiomas–; es el caso de “barranca”, “río”, “toldos”, “indios”, “rancho”; por último, encontramos algunos neologismos que “italianizan” palabras del castellano –“palmare”, “yerbali”– o, aun, el recurso a arcaísmos italianos que coinciden con términos castellanos locales –“capataz”–.

Referencias bibliográficas

- Alarcón y Cañedo, Giuseppe de y Pittini, R. 1925. Il “Ciaco Paraguayo” e le sue tribù, Torino / Milano / Genova / Parma / Roma / Catania, Società Editrice Internazionale, p. 83.
- Alonso Criado, M. 1892. “D. Juan de Cominges”. En: Cominges, Juan. Obras escogidas; Buenos Aires, Casa Editora de Juan A. Alsina, p. xii-xxxix.
- Boggiani, G. 1930. “Viajes de un artista por la América meridional. Los Caduveos: Expedición al río Nabileque, en la región de las grandes cacerías de venados, Mato Grosso”. En: Revista del Instituto de Etnología, Tucumán, Instituto de Etnología, Vol. 1, p. 495-556.
- Boggiani, G. 1901. Lingüística sudamericana: datos para el estudio de los idiomas Payagua y Machicui, Buenos Aires, Compañía Sudamericana de Billetes de Banco, p. 82.
- Boggiani, G. 1899. “Cartografía lingüística del Chaco: estudio crítico sobre un artículo del Dr. D. G. Briton”. En: Revista del Instituto Paraguayo, Asunción, Instituto Paraguayo, Vol. 3, Nº 16 (separata), p. 1-34.
- Boggiani, G. 1897. “Etnografía del Alto Paraguay”. En: Boletín del Instituto Geográfico Argentino, Buenos Aires, Instituto Geográfico Argentino, Vol. 18, Nº 10-12, p. 613-625.
- Boggiani, G. 1895a. “Vocabolario dell’idioma guaná”. En: Memorie dell’Accademia dei Lincei, Classe di Scienze Morali, storiche e filosofiche, Roma, Reale Accademia dei Lincei, S. 5, Vol. 3, p. 59-80.
- Boggiani, G. 1895b. “Delimitazione di confini fra il Paraguay e la Bolivia”. En: Bolletino della Società Geografica Italiana, Roma, Società Geografica Italiana, S. 3, Vol. 8, p. 160-161.
- Boggiani, G. 1895c. Viaggi di un artista nell’America meridionale. I Caduvei, Roma, Ermanno Loescher e C., p. 335.
- Boggiani, G. 1894. “I Ciamacoco”. En: Bolletino della Società Geografica Italiana, Roma, Società Geografica Italiana, S. 3, Vol. 7, p. 466-510.
- Brinton, D. G. 1898. “The Linguistic Carthography of the Chaco Región”. En: Proceedings of the American Philosophical Society, Philadelphia, American Philosophical Society, Vol. 37, Nº 158, pp. 178-205.
- Cavatrunci, C. 1986. “Il Chaco di Guido Boggiani”. En: Leigheb, Maurizio (ed.), Guido Boggiani: Pittore, esploratore, etnografo, Torino, Regione Piemonte, p.95-110.
- Cesura, G. 1986. “La pittura di Guido Boggiani”. En: Leigheb, Maurizio (ed.), Guido Boggiani: Pittore, esploratore, etnografo, Torino, Regione Piemonte, p. 17-36.
- Cominges, J. de. 1892a. “Exploraciones al Chaco del Norte”. En: Cominges, Juan de. Obras escogidas, Buenos Aires, Casa Editora de Juan A. Alsina, p. 3-251.
- Cominges, J. de. 1892b. “Vocabulario de algunas palabras en idioma guaná”. En: Cominges, Juan de. Obras escogidas, Buenos Aires, Casa Editora de Juan A. Alsina, p. 247-249.
- Cominges, J. de. 1892c. “La colonización del Chaco”. En: Cominges, Juan de. Obras escogidas, Buenos Aires, Casa Editora de Juan A. Alsina, p. 347-356.

- Cominges, J. de. 1892d. “Desde el Chaco paraguayo”. En: Cominges, Juan de. Obras escogidas, Buenos Aires, Casa Editora de Juan A. Alsina, p. 366-371.
- Cominges, J. de. 1887. “Exploraciones al Chaco del Norte”. En: Revista de la Sociedad Geográfica Argentina, Buenos Aires, Sociedad Geográfica Argentina, Vol. 5, p. 153-307.
- Cominges, J. de. 1881. “El Chaco y sus indios”. En: Revista de la Sociedad Geográfica Argentina, Buenos Aires, Sociedad Geográfica Argentina, Vol. 1, p. 6-25.
- Díaz-Pérez, V. 1926. “Boggiani y el canto de D’Annunzio en ‘Laudi’”. En: Díaz-Pérez, Viriato (ed.), Coronario de Guido Boggiani, Asunción, Revista Paraguaya, p. 115-126.
- Frič, P. y Fričová, I. 1997. Guido Boggiani. Fotograf. Praga, Titanic, p. 135.
- Giglioli, E. H. 1902. “Guido Boggiani”. En: Bolletino della Società Geografica Italiana, Roma, Società Geografica Italiana, S. 4, Vol. 3, p. 1039-1047.
- La Francesca, G. 2014. “Guido Boggiani, un Ulises de fines del 800”. En: El círculo imperfecto. Guido Boggiani: aproximaciones a la figura del viaje [catálogo de la exhibición], Asunción, Museo del Barro, p. 8-13.
- Leigheb, M. 2014. “Guido Boggiani, entre arte y ciencia”. En: El círculo imperfecto. Guido Boggiani: aproximaciones a la figura del viaje [catálogo de la exhibición], Asunción, Museo del Barro, p. 14-16.
- Leigheb, M. (ed.). 1986. Guido Boggiani: Pittore, esploratore, etnografo, Torino, Regione Piemonte, p. 183.
- Leigheb, M. y Cerutti, L.. 1986. “Introduzione”. En: Leigheb, Maurizio (ed.). Guido Boggiani: Pittore, esploratore, etnografo, Torino, Regione Piemonte, p. 11-14.
- Métraux, A. 1930. “Introducción”. En: Revista del Instituto de Etnología, Tucumán, Instituto de Etnología, Vol. 1, p. 495-500.
- Nobili, C. 1986. “Un americanista tra arte e scienza”. En: Leigheb, Maurizio (ed.), Guido Boggiani: Pittore, esploratore, etnografo, Torino, Regione Piemonte, p. 76-86.
- Peña, E. 1898. “Etnografía del Chaco. Manuscrito del capitán de fragata D. Juan Francisco Aguirre (1793)”. En: Boletín del Instituto Geográfico Argentino, Buenos Aires, Instituto Geográfico Argentino, Vol. 19, p. 464-510.
- Scotti, P. 1980. “Gli ultimi diari di Guido Boggiani”. En: Atti dell’Accademia Ligure di Scienze e Lettere, Genova, Accademia Ligure di Scienze e Lettere, Vol. 37, p. 336-372.
- Scotti, P. 1963. “Lettere inedite di Guido Boggiani”. En: Atti dell’Accademia Ligure di Scienze e Lettere, Genova, Accademia Ligure di Scienze e Lettere, Vol. 20, p. 327-359.
- Scotti, P. 1955. I contributi americanistici di Guido Boggiani. Saggio critico, Genova, Libreria degli studi, p. 203.
- Scotti, P. 1947. “Manoscritti inediti di Guido Boggiani”. En: Convivium, Torino / Milano / Genova / Parma / Roma / Catania, Società Editrice Internazionale, nuova serie, Vol. 1, p. 416-420.

[107]

7 de febrero de 1889

A bordo del vapor “Bolivia”, desde Asunción, en dirección a Puerto Casado.

Aquí estoy, de nuevo en viaje. Esta vez durará un poco más tiempo. No creo que regrese a Asunción antes de tres o cuatro meses. Tengo intención de hacer muchos cuadros, y espero aprovechar mi tiempo un poco más que cuando fui al Río Negro. Aunque esté siempre lamentándome y maldiciendo mi mala suerte, soy el hombre más afortunado de la tierra. Desde niño soñaba y anhelaba realizar grandes viajes a comarcas vírgenes y lejanas, entre salvajes, en países desconocidos... y hete aquí que mi sueño predilecto, o al menos uno de mis sueños predilectos, se vuelve realidad. Y no sólo eso, sino que además hoy se me presenta la ocasión, realmente excepcional, de realizar un lindo viaje interesantísimo. Mi condición de artista me pone en contacto con gran cantidad de gente de todas las clases. Entre otros pude conocer al Sr. Cerruti, un caballero italiano establecido en América desde hace varios años y casado con una dama de Montevideo, que es el gerente en Asunción del Banco Hipotecario del Paraguay.

Por una casualidad afortunada, este señor –una persona excelente y de lo más bueno, simpático y educado posible– es aficionado a la pintura, pero un aficionado apasionado cuyas múltiples ocupaciones no le permiten ocuparse más que muy ocasionalmente de pintura. Convertido en mi amigo, ve mis cuadros y me considera un genio.

Un día me dice:

– Boggiani, ¿no quiere hacer un lindo viaje y conocer los más bellos paisajes?

– ¿Por qué no? Siempre listo.

– ¿Quiere ir a Puerto Casado?

– ¿Dónde queda?

– En el Chaco Paraguayo, cerca del Río Apa y de la frontera del Brasil. Ud. debería ir allá y pintar unos lindos cuadros. Hacia el mes de abril podrá encontrar allí al mismo Casado y no es difícil que le compre los cuadros que haya pintado, ya que serán vistas tomadas en sus propiedades.

– ¡Por Baco! Es una lindísima idea y la aprovecharé. Aunque Casado no me compre nada acepto el riesgo. De todos modos me cuesta lo mismo estar aquí que allá...

– Pero una vez allí no le costará mucho, porque estoy seguro de que Monte, quien es el factótum de Casado, y a quien yo le presentaré, le facilitará lo que necesite sin que usted deba realizar mayores gastos.

– Mejor todavía. Estoy decidido: en cuanto termine el cuadro [108] que estoy pintando y haya arreglado mis asuntos, partiré. Presénteme a Monte, hablen del asunto y que sea de mí lo que Dios quiera. Después de todo no busco nada más que conocer nuevas regiones.

Me presentó a Monte, otro señor muy gentil y simpático, y acordamos todo. Terminé el cuadro, arreglé mis negocios, y hoy a las 2 ½ me embarqué. Olvidaba decir

que Casado es un rico señor español que consiguió reunir una de las fortunas más grandes de Sudamérica. Se calcula que posee una veintena de millones de nacionales de oro (100.000.000 Fr). ¡La propiedad a la que voy ahora tiene una superficie aproximada de 3000 leguas cuadradas! Era hermano del muy talentoso pintor Casado, que murió el año pasado en plena juventud.

Me embarqué a las 2 $\frac{1}{2}$ porque el vapor debía zarpar a las 3, aunque recién partí a las 4 $\frac{3}{4}$, tras haber sido despedido a bordo por los amigos. El Bolivia es uno de los vapores más viejos que surcaron el río. Es propiedad del Gobierno de Bolivia y lo tiene arrendado Monte, quien lo usa para el servicio, especialmente entre Asunción y Puerto Casado, aunque acepta carga y pasajeros para los puertos intermedios. Posee dos máquinas independientes, una para cada rueda, y así tiene la ventaja de poder girar en redondo. Abajo, en el puente de las máquinas, hay mucho lugar para el transporte de ganado. Arriba cubiertas espaciosas y camarotes normales. Sin lujo ni [ileg. defectos]; un vapor comercial. No desarrolla mucha velocidad.

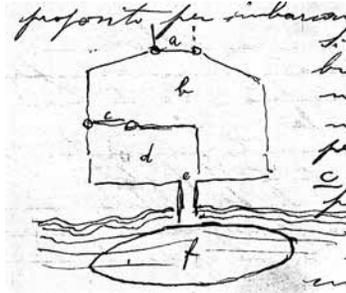
Muy pronto dejamos atrás la ciudad que, desde lejos, ofrece una buena vista en la magnífica posición en que está emplazada. A las 5 $\frac{1}{2}$ se comió. Con Monte (José), el Capitán, el Sr. Cominges, un viejo explorador de estos lugares, y el Sr. Christophersen, hermano del agente de La Platense de Buenos Aires, comí afuera, en una mesita particular.¹ Hacia la tarde llegamos al Remanso del Castillo donde cargamos una cincuentena de bueyes para Puerto Casado. Una punta roja de tierra y rocas se mete en el río, haciéndolo dar una vuelta. En tierra, ~~subiendo~~ remontando el río a la derecha, hay un corral preparado para embarcar ganado.

Se hace entrar a los animales por la puerta *a* en el recinto *b*. Se hace pasar a una mitad por la segunda puerta *c* en el recinto *e*, de modo que no pase más que uno por vez. [109] Se los hace subir al vapor *f*. En teoría esto es de lo más simple, pero la práctica muestra serias dificultades. Es curiosa la resistencia de los animales a seguir su recorrido. No hay manera.

Sólo después de una cantidad de golpes y gritos, y tras haber girado en todos sentidos en el pequeño recinto, agrupados como [ileg.] como arenques, uno de ellos mete la cabeza en el estrecho pasadizo y se queda allí mirando aterrorizado, con la cabeza baja, hociqueando el terreno como temiendo alguna trampa. Entonces redoblan los gritos y los pinchazos, y un paso tras otro se llega al vapor. Pero un [ileg.], una persona, un ruido del motor o una causa cualquiera lo asusta, y en lugar de entrar al vapor comienza a retroceder y no hay grito ni golpe ni bastonazo que lo haga avanzar; regresa y vuelve a entrar en el recinto *d*, y hay que comenzar desde cero. Encima, mientras todos están concentrados en empujar la primera mitad hacia el vapor, la otra, que está esperando su turno en el recinto *b*, en un momento de distracción consigue levantar algún palo de la puerta *a* con los cuernos, y salen todos a la carrera hacia el campo vecino. Los hombres [deben] montar a caballo, alcanzarlos y reconducirlos a su

¹ Según Alonso Criado (1892: xxxv), en este viaje también participaron –además de Boggiani, Cominges, Christophersen y Monte– José Segundo Decoud, Antonio Quijarro, y el propio Alonso Criado –a quienes Boggiani no menciona en estas páginas.

sitio. Finalmente uno de los primeros consigue entrar en el vapor. Entonces lo siguen los otros; y una vez que la primera mitad ha vaciado el recinto *d*, es el turno de la segunda mitad, con las mismas escenas y la misma dificultad.



Y ya cae la noche. Las nubes se tiñeron de rojo y son violáceas en las zonas de sombra. Los árboles se confunden en una tinta oscura, casi negra, y las luciérnagas comienzan a brillar entre los pastos y las ramas. El aire ha refrescado mucho y es delicioso estar a la intemperie. Cuando se hace de noche dejamos la costa y el viaje prosigue. Entretanto, todos los pasajeros de las clases inferiores salieron y subieron a tomar fresco sobre el puente, encima de la cubierta de los camarotes. Tirados sobre sus ponchos, los hombres charlan y fuman. En el medio, una muchacha se abraza con su amante, y revolcándose entre besos y abrazos, jugando como cachorros en la oscuridad de la noche, entre la otra gente que mira y no ve, impasibles, se cumple el acto ~~más natural del mundo, del mundo más natural, y que cuanto más generador del mundo, más sería del mundo.~~ Cerca de las 9 pasamos sin detenernos por Villa Hayes (antes Villa Occidental) en el Chaco. Más adelante distinguimos una roca aislada ubicada en plena mitad del río, [110] que sobresale 5 o 6 metros del agua y tiene un diámetro de 15 o 20 metros. Después, aunque una tribu de cucarachas puebla mi camarote, me meto en la cucheta y no tardo en dormirme profundamente.

8 [8 de febrero de 1889]

Me levanto a las 5 ½. El cielo está nublado y el aire es fresco. Siguió así todo el día. El río continúa bellissimo, con sus lentas y frecuentes vueltas. Las orillas son más bien bajas y casi sin interrupción cubiertas de frondosos y majestuosos bosques. Se ven cocodrilos, y matan alguno con la carabina. Se arma un desafío entre yo, Monte, Cominges y un tal Gutiérrez, todos armados con Winchester, a quien rompe más botellas arrojadas al agua en 6 tiros. Viene primero Monte que es un tirador buenísimo; después yo; después Gutiérrez, y pierde Cominges. Después del mediodía superamos Villa del Rosario. Pasamos muy próximos a la orilla derecha. Hay allí muchos camalotes y el terreno es muy adecuado para los carpinchos. Preparamos los Winchester, Cominges y yo, por si acaso se viera alguno. He aquí uno. Es grande y está echado tranquilamente entre los pastos altos, mirándonos pasar. Tira primero Cominges y no sale el tiro porque

ha olvidado hacer pasar uno de los cartuchos del depósito al cañón del fusil. Tiro yo y acierto al animal en un costado. De inmediato comienza a estirar la pata y rueda por la barranca hasta caer al agua entre los camalotes. Al encontrarse en su elemento preferido busca ponerse a salvo, pero después de dos o tres pasos lo vemos sacudirse en el agua desesperadamente, con la cabeza afuera y después desaparece. Estaba muerto. Es el primer carpincho e incluso el primer cuadrúpedo de un cierto tamaño que mato en América. Era del tamaño de uno de nuestros cerdos bien alimentados. Llegamos hasta unos ranchos. El capitán pregunta si hay leña. Ante la respuesta afirmativa se amontonan tres hombres en la popa, en una canoa, y remontan un poco más el río. Allí atracamos contra la costa donde había un montón de leña cortada. Es la hora del almuerzo. Almorzamos, y luego aprovecho para bajar un poco a tierra, ya que todavía queda un rato antes de que se termine de cargar. La barranca es bastante alta, tiene cerca de 10 metros. Hay un pequeñísimo espacio abierto y después comienza de pronto el monte muy tupido. Allí se abren dos caminos (picadas). Recorro un poco ambos, pero no llego a salir del monte, formado por árboles altos y grandes matas. Ni bien pongo el pie en tierra soy asaltado por moscas y mosquitos que se [111] divierten mucho atormentando mi piel. No encontré nada extraordinario. Vi algunos hermosos helechos pequeños y atrapé un insecto de forma bastante rara; una manta. Vuelvo a bordo cuando se termina de cargar y la tarde ya está avanzada. Hasta las 10 ½ me quedo conversando con Cominges y con Monte sobre astronomía, electricidad y sobre volar; después me voy a dormir. Llegaremos a Villa Concepción mañana hacia el mediodía. [Ileg. Comenzamos] con mucha calma.

9 [9 de febrero de 1889]

Me levanto a las 5 ½. El aire es fresco y el cielo está ligeramente cubierto por nubes blancas. Llegamos a un rancho y amarramos en tierra para cargar leña. Desciendo normalmente a tierra; ~~estamos cerca de~~ La costa está formada por una barranca bastante alta que cae casi a pico. El terreno me parece calcáreo, de un barro blanco pegajoso y bastante resbaladizo. Encima, hay una especie de bosque de acacias y otros árboles de hojas pequeñas, algunos de los cuales están literalmente cubiertos por largos mechones de líquenes semejantes a barbas del profeta o a cabellos de Absalón. El pasto que cubre el terreno está completamente impregnado de rocío, extraordinariamente abundante en estas regiones. Vuelvo a bordo empapado hasta las rodillas y con los zapatos particularmente embarrados. Sigue la navegación entre dos orillas cubiertas de árboles frondosísimos, interrumpidos tan sólo por algunos grandes palmares que dejan entrever un poco más el horizonte. En uno de estos está Puesto Pederal. Pasamos cerca de la costa para arrojar la correspondencia en una botella cerrada. Nos saluda un grupo curioso de una veintena o más de indios lenguas; algunas mujeres con niños, envueltas en grandes abrigos de piel, con el pelo hacia adentro; otras con ponchos harapientos. Los hombres, de grandes torsos prominentes, cubiertos sólo por un resto de poncho atado alrededor de los flancos; y algunos de ellos con collares de cuentas cuadrangulares de madreperla que brillan al sol contrastando de manera espléndida con el moreno rojizo de su piel.

Ofrecen un aspecto majestuoso, a pesar de que no pueda decirse que algunos de ellos tengan un bello semblante. Un agujero enorme en el lóbulo de sus orejas contiene una rodela amarillenta a modo de aro.

Hacia las 12 llegamos frente a la desembocadura del río Ipané, que es el canal de comunicación comercial con los yerbales del interior. Es navegable con canoas. Pasamos el [trópico] de Capricornio. A las 2 ½ echamos el ancla frente al muelle de Villa Concepción.

[112] Pasamos por lugares magníficos, entre orillas cubiertas de árboles majestuosos y de efecto sorprendente. Un carpincho nos mira curioso. No tengo el fusil y llamo a Monte para que le tire con la carabina. No llega a tiempo. El carpincho se zambulle en el agua y ya no se lo ve.

Como se debía descargar mucha mercadería descendimos a tierra para echar un vistazo al pueblo. Las típicas calles rectas y pocas casas de material y muchos ranchos de madera y barro. Las calles están más barroosas que de ordinario porque durante el día llovió una media hora. Veo unos flecos de plumas blancas, artesanía de indios, contra la pared de una tienda grande. Pregunto si están a la venta y me los regalan. Estaban un poco dañados pero igual servirán y ocuparán su lugar en mi futura gran colección.

Volvemos a partir a las 8 ½. El cielo está sereno, brilla la luna, el aire es fresco, y yo me voy a dormir a la cucheta. Hasta mañana.

10 [10 de febrero de 1889]

Pasamos el río Aquidabán por la noche y, naturalmente, no lo veo. Ya no recuerdo a qué hora pasamos ante unos grandes ranchos. Cubiertos de tejas y ubicados en una linda posición sobre una altura. Es San Salvador, población abandonada desde hace mucho tiempo, creo, a causa de una invasión de indios; pero más aún por la escasez de población del Paraguay. Casi frente a San Salvador empiezan las propiedades de Monte, después de las cuales vienen las de Casado. En ambas orillas hay bosques inmensos, y el río presenta un aspecto de grandiosidad extraordinario envuelto en la mayor soledad. Hacia la tarde llegamos a Puerto Palacio, que es uno de los primeros puestos en la propiedad de Casado. El capataz de Puerto Palacio es un tal Martínez, un gallego al que todos llaman “el Cacique Martino”, porque es un gran amigo de los indios y ha vivido con ellos durante mucho tiempo. Me dicen que a veces, cuando tiene que internarse entre las tribus indígenas del Chaco, se pinta la cara como los salvajes y se pone entre otras cosas adornos de pluma; y, así arreglado, cumple perfectamente y sin peligro con sus misiones. Es un tipo brillante y despierto. Es una lástima que con demasiada frecuencia se deje llevar a emborracharse con caña. A pesar de la prohibición absoluta de introducir caña en todas las propiedades de Monte y Casado, y a pesar de los esfuerzos verdaderamente hercúleos que hace Martínez para no dejarse atraer por la terrible tentación, los contrabandistas [113] están por todas partes, y a veces consiguen introducir alguna damajuana de caña; y una vez probado el primer vasito difícilmente resiste al segundo, y mucho menos al tercero, y así hasta que las ideas se confunden

completamente y la damajuana misma sirve de vasito. Aunque, por suerte, esto ocurre muy cada tanto. Martínez es un entusiasta y gran defensor de los indios. Dice que prefiere tener peones indios antes que paraguayos, argentinos o de cualquier otra parte: son más trabajadores, más serios, menos viciosos y más honestos. En la vecindad de su rancho hay un toldo con un cacique y una cuarentena de asalariados (peones), y mujeres y niños que él educa poco a poco y hace trabajar para la estancia; afirma que le dan un buenísimo resultado, y le creo. Conocí al cacique, y lo vi incluso con una camisa limpia. A una seña del Sr. Martínez todos los indios corrían, limpios y alegres, a cumplir sus órdenes. ¡Si todos los capataces fueran como Martínez creo que no se tomarían muchos peones civilizados en la estancia! A la noche volvimos a partir, tras haber cargado leña.

11 [11 de febrero de 1889]

A la mañana llegamos bastante temprano a Puerto San José. Capataz Gutiérrez. Nos recibieron muchos indios en la orilla. Descendimos a tierra y fuimos al puesto, que dista unos 500 o 600 metros del punto de desembarco. Hay un rancho grande, bien hecho, y varios otros de menor importancia. Antes de llegar, sobre un terreno algo más elevado, topamos con la toltería de los indios que están aquí. Como todas las que he visto hasta ahora, ésta también es provisoria. Está hecha con pequeños palos, o incluso con ramas finas y pasto. Abiertas por todos los flancos, no sirven para otra cosa que para proteger a los habitantes de los fuertes rocíos nocturnos. Un viento fuerte hace volar todo. Pero esas casas se reconstruyen con la máxima facilidad y el daño es poco. Estos indios son sanapaná, como todos aquellos que vinieron a vivir a la orilla del río después de la llegada de los nuevos habitantes. Son bastante miserables, y los hombres trabajan en cortar palmas y cargar leña y maderos (vigas de quebracho o de otra calidad cualquiera de madera). Les pagan con galleta, vestidos, tabaco, etc. Puerto San José está ubicado al inicio de una enorme [ileg.] abierta, en la que surgen directas hacia el cielo [114] ~~una cantidad inmensa de~~ infinitas palmas. Subiendo sobre un carro hecho con troncos de palmeras y con ruedas de una madera dura, oscura y compacta, se distingue en el horizonte, entre las palmas, el Cerro Galván, que parece ser el principal de los cerros conocidos de la estancia. Dicen que debe tener unos 300 metros de altura; pero no creo que sea tanto.

Frente a San José está la isleta de piedra calcárea llamada “Peña Hermosa”, y es verdaderamente bella. Detrás de la isla se interna en el Paraguay un pequeño río, el río Barriego, que me parece estupendo. Volveré más adelante, para navegarlo con una canoa hasta donde me sea posible. Más adelante pasamos frente al Apatuyá, y más adelante entramos en el canal derecho del río —que es dividido en dos por una gran isla— y así se llega, al pie de una hermosa colina de roca calcárea y cubierta de vegetación, a la Colonia Risso. Hay un muelle de madera en mal estado, aunque todavía útil. Hay allí varios ranchos y, en una ubicación hermosísima, dos casitas de material bien terminadas. Hay un horno de cal en construcción. Sube a bordo, para saludar a don José, el director del establecimiento, un tal Pagani, hombre de unos 45 años. Se encuentra, después

de casi once años, con Don Juan de Cominges, quien, en este mismísimo lugar, pasó algunos momentos difíciles durante su expedición al interior del Chaco –de la cual debía formar parte Pagani, entre otros, pero que en cambio Cominges realizó por sí solo. Cominges publicó un relato de esta expedición que se comprometió a enviarme ni bien llegue a Buenos Aires.²

Después de más o menos media hora de detención, para cargar algunas ovejas y alguna otra cosa, proseguimos la marcha por el mismo canal. Éste rápidamente gira a la derecha, y después de un corto tramo volvemos a entrar en el curso principal del río. Frente a nosotros se presenta un tramo de cerca de una legua de largo, y en la mitad, en la orilla izquierda, en el Chaco, se ven los techos de chapas de zinc del Cerradero [aserradero] y de los ranchos que forman el centro principal de la estancia, Puerto Casado. La zona es llana en ambas márgenes; a la derecha, más allá de una gran isla chata e inundada, se ven otras colinas redondeadas y completamente cubiertas de vegetación. Llegamos hacia las 10 ½. En la barranca de tierra blanquecina y resbalosa nos esperan todos los habitantes del Puerto y una turba de 50 o 60 indios, varones y mujeres. Son bastante feos y harapientos. Ahora que estoy aquí ya tendré tiempo de estudiarlos bien. Sin embargo estos no son en realidad del tipo que hay que estudiar, porque están bastante corrompidos por el [115] contacto con la gente que se dice “civilizada”, quienes han sabido enseñarles toda clase de vicios y defectos, sin pensar en una sola virtud. Además creo que los que vinieron son los más miserables, y son en general sucios y desordenados, en tanto me dicen que los del interior, salvo excepciones, son bastante limpios, se bañan hasta dos y tres veces por día, se peinan y poseen habitaciones bien terminadas, aparte de ser honestos, leales y agricultores. Aunque también entre éstos los hay buenos, y entre los otros el mejor de todos es el cacique Michí, hombre todavía más bien joven, y el mejor trabajador. Posee un aspecto simpático, proporcionado, serio y poco locuaz, cualidades comunes a las mejores tribus.³

Sigue el 11 [11 de febrero de 1889]

Esta tarde realizamos un paseo hacia el norte, hasta la desembocadura del Arroyo Dulce Riacho Salado⁴ en el río, que quedará a no más de dos kilómetros y medio de Puerto Casado. Los carros han abierto un verdadero camino. Como la tierra de esa zona es poco fértil, las plantas no poseen un gran desarrollo. En general son todas de hojas pequeñas y de un verde claro polvoriento. Hay muchos arbustos y casi todos ellos son espinosos. Hay plantas grandes cubiertas literalmente por toda clase de parásitos, grandes y pequeños.

² Pagani aparece mencionado varias veces en el diario de la primera expedición de Cominges. Ocupaba, al parecer, una posición jerárquica en la compañía.

³ Boggiani escribe “Miscí”. Es probable que haya obtenido estas buenas impresiones sobre Michí –que a su juicio tenía por esa época unos 50 años– de los obreros de la zona, para los cuales este cacique oficiaba desde hacía años como intermediario y reclutador de mano de obra. En todo caso, no fue de Cominges, quien había tratado a Michí en 1879 y lo describía como “colérico con los suyos”, “interesado, exigente, antojadizo, pedigüeño, borracho, embustero, taimado, desleal y ladrón”, “peligroso y repugnante”, “el prototipo de los borrachos”; en suma: “el peor de su tribu” (Cominges, 1892a: 97, 99, 106; 1881: 20).

⁴ Riacho es el canal menor del Río Grande, formado por una isla; así, comienza y termina en el propio río. En el Riacho Salado desemboca el Arroyo Dulce. [Nota de Boggiani].

Llegamos rápidamente a caballo. En la orilla está ubicada la toldería del cacique Michí. Las habituales ramas cubiertas de hierbas. Al reparo del sol se amontonan viejas, jóvenes y niños casi completamente desnudos; fumando, comiendo o charlando. Los fuegos están encendidos y se cocinan en ellos grandes pedazos de carne clavados [en] varillas que son como asadores, plantadas en el suelo. Durante la noche siempre mantienen prendido un fuego para alejar, creo, a las bestias feroces. Volvemos atrás pasando un poco más campo adentro. Es totalmente llano y hay largas y gráciles palmas irguiéndose al cielo por todos lados. Éste debía ser un palmar muy espeso, aunque ahora la mayor parte fue cortada. Para mañana a la mañana se habrá alistado el vaporcito Eduardo 1° que nos llevará hasta el Puerto Formosa, más allá del río Apa. Saldremos a la mañana de madrugada y volveremos a la tarde. Son cerca de 10 leguas de navegación.

12 [12 de febrero 1889]

Nos embarcamos esta mañana en el vaporcito Eduardo 1°, todo de hierro, cubierto por una techo de madera cubierto de juncos, y partimos a las 7,14',30". Éramos yo, Don José Monte, Don Juan de Cominges, un primo de Monte y el mayordomo.

Sobre una mesa, Don Juan de Cominges apoyó dos brújulas y el [116] reloj para observar el rumbo que llevaba el vaporcito y calcular, más o menos con precisión, la velocidad. Yo, con libreta y lápiz en mano, anotaba los datos que cada tanto me dictaba Don Juan, y dibujaba a ojo la topografía del río, anotando cada vez que Don Juan me pasaba un dato lo que se veía en cada orilla del río en el punto en el que se había tomado la observación. Procediendo de este modo a cada rato, durante todo el trayecto, logramos relevar con bastante exactitud todo el tramo de río entre Puerto Casado y Formosa. Partimos entonces 7,14',30" en dirección N.O.

Rápidamente (7,25',30") pasamos frente a la desembocadura del Riacho Salado en la orilla del cual están ubicados los toldos miserables de los indios sanapaná dependientes del Cacique Michí. Aquí el río hace un recodo y gira a la derecha. Las dos orillas son bajas, formadas por dos islas; una a la izquierda del riacho Salado, y la otra a la derecha del riacho Carpincho, que tiene su desembocadura un poco más arriba, justo enfrente de la del Salado. En la isla de la derecha el terreno se levanta un poco y buen número de palmas crecen muy altas, y se reflejan en las placidísimas aguas del río. Pasamos las dos bocas a las 7,55. A la derecha (N.E.) vemos una colinita aislada con la típica forma redondeada y completamente cubierta de monte espeso. Más adelante allá se ven otras que forman una pequeña cadena de 5 ó 6 puntas que van descendiendo hasta el río, formando en el punto de conjunción una punta prominente con un escollo de roca calcárea grisácea que cae a pico sobre el agua y se refleja con un efecto bellísimo. Es un cuadro hermoso, resplandeciente de luz y con un vasto horizonte, todo azul y blanco. A las 8,39 pasamos, por el medio del ancho río, esa punta a pico. El agua, desgastando el pie de la roca, ha formado grutas por lo que la muralla superior está suspendida sobre el agua sobresaliendo dos o tres metros en algunas partes. La orilla derecha sigue rocosa y alta por un largo tramo, hasta casi frente a Puerto Montes. Entre las piedras por todas partes han crecido muchas plantas y entre ellas son abundantísimos los cactus y los

caraguatás. La costa izquierda es baja. Hacia adentro se ven numerosas palmas. A las 8,59 llegamos a Puerto Montes. Bajamos a tierra por algunos minutos. Por ahora, la habitación principal del puerto está formada por dos grandes ranchos. Una cuarentena de indios sanapaná, semejantes a los de Puerto Casado, habitan una toldería vecina a los ranchos. Volvemos a partir a las 9,21 en dirección N.E., rumbo que tomamos antes de pasar frente a la punta rocosa. Pocos minutos después, a las 9,30 llegamos ante la Guardia Francia en la orilla derecha, y la desembocadura del riacho Martina en la izquierda. Guardia Francia consta de dos o tres ranchos cubiertos de chapas de hierro cincado y un muelle de madera que se adentra en el río; todo está abandonado. Está ubicada en una bella posición, al comienzo de una escollera que bordea el río casi sin interrupción hasta una colinita, completamente verde como todas las otras, a la que se llega en poco menos de 25 minutos. El riacho Martina, que desemboca [117] en el mismo punto, del lado del Chaco, tiene un curso bastante largo y forma una isla más bien grande. Internándose tierra adentro, se eleva apenas un cerrito (colina) que se ve a la distancia, más o menos en dirección al N.O.; cuando el río no está muy bajo este canal es navegable y dicen que es bellissimo; especialmente eerea de sobre el punto en que toca al cerrito. Si se me presenta la ocasión, iré allí. Prosiguiendo el camino, veo la orilla derecha rocosa y bastante elevada, siempre cubierta de árboles frondosos, que presenta un aspecto de grandiosa soledad desolada. Al comienzo, la isla está provista de abundantes palmas; después se hace baja e inundable, especialmente en el punto en que el río gira a la izquierda. A ese punto llegamos a las 10,0',30". En la parte derecha, sobre la barranca más bien alta de la usual tierra blanquecina hay algunos ranchos, también abandonados, creo, llamados Capitanía Cué. Sigue siempre el bosque; y en el mismo punto se interna un canal más bien largo que forma otra isla no muy grande; de hecho llegamos a la otra punta de la misma en 10 minutos, a las 10,10'. Desde ese punto vemos a la derecha casi inmediatamente el terreno muy bajo y pantanoso de la boca del río Apa, que poco más adelante se vierte en el río Paraguay formando varios islotes. Y más allá del Apa está la primera tierra brasilera que veo y, al mismo tiempo, también las primeras habitaciones brasileras que forman la Colonia Apa. Son una veintena de ranchos dispuestos en fila sobre la orilla norte del Apa, rodeados de bosques. Enfrente a la desembocadura del Apa, en el Chaco, está la boca del riacho Martina, que dejamos atrás a las 10,30. Pocas palmas a la izquierda y pocas plantas a la derecha, donde el terreno es bajo e inundado. A las 10,45 pasamos frente a un canal bastante grande que se interna en el territorio de Brasil y va a terminar muy lejos formando una gran isla cuyo fin no vemos porque, después de haber girado en una curva hacia la izquierda a las 11,5',30", costeano primero una barranca más bien alta del lado del Chaco, cubierta con muchas palmas, vemos frente a nosotros el Puerto Formosa, adonde llegamos a las 11,19', mientras que la costa de la isla de la derecha sigue la gran curva que hace el río hacia aquella parte y la vista no llega a distinguir la desembocadura del riacho que debe estar mucho más arriba.

Un número mayor de indios nos esperaba al llegar. En la orilla donde debíamos bajar; altos, derechos, esbeltos y bien formados, con los cabellos largos sostenidos dentro de un peine curvo de cuerno; muchos portaban collares de madreperla, desnudos hasta

la cintura y desnudas las piernas, con una tela hasta la rodilla alrededor del talle, casi todos llevaban fusiles, con la mirada inteligente y seria, ninguno con bigotes o barba, jóvenes y viejos, muchos con un pequeño poncho que les cubría las espaldas y llegaba hasta la cintura; algunos con cinturón en el talle [118] hecho de mostacillas azules, rojas, blancas y de otros colores y dibujos. Todos, indistintamente, con una bolsita de cuerda al hombro en la que guardan todas las cosas necesarias –como el tabaco, la pipa, yesca, varas para encender fuego, cartuchos y muchas otras cosas pequeñas. Nos miraban desde arriba, tranquilos y silenciosos. Bajamos a tierra. A primera vista podrían haber sido confundidos fácilmente con mujeres –sobre todo los jóvenes– por el arreglo del cabello, por el peine y por ser todos lampiños, sin bigotes ni barba, como anotamos antes. Pero la estatura, el porte, y las armas que llevaban no eran de mujeres. Sabíamos, porque habíamos recibido noticias, que dos caciques, Pucú y Keirá⁵ de la tribu guaná, habían llegado desde sus toldos del interior (distante unas ochenta leguas de Formosa [aquel] de Keirá), con muchos de los suyos habían venido hasta la costa.

Cominges, que pasó tantas penurias durante su expedición, y que había sido tan bien tratado por ellos, en especial por el cacique Keirá, estaba impaciente por encontrarlos.⁶ Apenas bajó a tierra preguntó por ellos. Muchos de sus parientes lo reconocieron perfectamente, a pesar de que habían pasado cerca de 12 años desde el último encuentro. Como el carácter de todos los indios –en general y de éstos en particular– es especialmente reservado, serio y taciturno, no podían dar lugar a manifestaciones ruidosas de contento y reconocimiento. Ninguno se movió. Sin embargo pude observar por la mirada y por las sumarias palabras cambiadas rápidamente entre ellos, que muchos habían reconocido perfectamente al amigo que había pasado, solitario, cerca de tres meses viviendo con ellos y como ellos en su toldo, en el Pahát Chilmó (“Aldea de la laguna”) dependiente del cacique Keirá. De pronto Cominges, con las pocas palabras que recordaba de guaná, con señas y con la ayuda de un intérprete guaraní (lengua que algunos de los guaná entendían más o menos bien) preguntó por los dos caciques. Con gran disgusto supo que el cacique Keirá había partido el día anterior, con los suyos, para regresar al Pahát; y que sólo Pucú permanecía allí con su tribu.

Llegó Pucú, un viejo alto y flaco con un gran sombrero de paja, y reconoció a Cominges, quien no podía contener la emoción de volver a verlo. Aunque aún más hubiera deseado volver a ver a Keirá, quien lo había ayudado y protegido mucho más que Pucú en tiempos muy difíciles para él.⁷ Comenzó a preguntar mil cosas: si se acordaban de él, si lo reconocían, si recordaban haber cruzado el río con él, haber comido carne

⁵ Boggiani escribe “Cheirá”.

⁶ Boggiani volvería sobre este punto en su primer conferencia científica en Italia: “Los guaná lo trataron bien durante su viaje; y me contaba con lágrimas en los ojos que, durante una grave enfermedad que lo asaltó entonces, luego de haberle brindado todos los cuidados imaginables, se empeñaron, a pesar de sus protestas, en sacrificar hasta la última gallina que poseían, para ofrecerle un buen caldo que lo fortaleciera.” (Boggiani, 1894: 471).

⁷ Todo indica que este Pucú era un cacique de los guaná del interior, a quien Cominges describía como un cacique de la misma jerarquía que Keirá y retrataba en las mismas líneas: “un hombre alto, flaco, de rostro enjuto y argo” (1892a: 182). Más adelante, en una carta, lo definiría como “un cacique poderoso y rival de Queirá” (1892a: 245).

de vaca, los regalos que les había dejado, si los tenían todavía; si Keirá estaba ya lejos, y si no se podía hacerlo volver enviando alguno para avisarle de su llegada. Muchos se acordaban perfectamente de él, lo llamaban “Juan Cacique tuyá” (“Juan Cacique Viejo”),⁸ reconocían [119] los anteojos, la barba un poco canosa; se acordaban de haberlo acompañado y de haber cruzado el río, de haber comido la carne de vaca, de los regalos algunos les quedaban: algún espejo, algún cuchillo, etc.⁹ El cacique Keirá no debía estar aún muy lejos y uno de ellos partiría para avisarle. De hecho, mientras estábamos hablando y preguntando, y sin que nadie lo hubiera anunciado, ya uno de ellos había partido para alcanzar a Keirá y contarle sobre el feliz acontecimiento.

Fuimos al rancho grande del puerto, emplazado sobre una elevación del terreno un poco apartado del río. Sirve como almacén y como habitación del capataz, un cierto Mauricio Samaniego, paraguayo, hombre serio, joven y bastante agradable. A izquierda y derecha del rancho mayor –flanqueado por otro, largo y abierto, para los peones–, a cierta distancia los indios han levantado sus toldos provisorios, casi tiendas de campaña, idénticas a las que he visto antes. Durante un largo rato conversamos como pudimos con los guaná.

Y en mi libreta de anotaciones yo marcaba las palabras de las que podía obtener el significado exacto, a modo de diccionario. Me las meteré bien en la cabeza, y recogeré todas las que pueda, ya que podré servirme eficazmente de ellas si algún día hago una excursión al interior. Al parecer, el guaná es el dialecto toscano del Chaco, de modo que aprendiéndolo es posible hacerse entender fácilmente por todos los indios.¹⁰ Cominges ha prometido mandarme una copia de la colección de palabras guaná de las palabras guaná que pudo recoger y traducir durante su permanencia entre esas tribus.¹¹ Vi en el almacén de Samaniego un pequeño cántaro y dos o tres platos con dibujos hechos por los indios; le pedí que me los vendiera y Samaniego me los regaló, sin aceptar de ningún modo que le pagara. También me regaló una larga faja tejida por los indios y dos collares de madreperlas; y luego yo mismo compré otros cuatro a los indios, junto con tres peines de hueso, a cambio de cartuchos para los fusiles y perdigones de plomo. Dejamos dicho que si aparecía el Cacique Keirá, le dieran caballos para que nos

⁸ *Tuya* es una palabra guaraní –lengua franca en estas regiones. El nombre guaná era otro: “Comandante Tudyá, *Quidquiad Ygnen*, con cuyo nombre me reconocen todas las tribus del Chaco del Norte” (Cominges, 1892a: 225). El término “cacique” era un apelativo común que los lengua daban a ciertos blancos; así, el director de Colonia Apa, Carlos Roux, era llamado “cacique Carapé” (Cominges, 1892a: 51).

⁹ Una carta de Cominges al empresario Francisco Javier Brabo, redactada al final de su primer viaje, alude a este episodio: “Ilego [...] al Río Paraguay, con dos mil setecientos Indios, que o regresan, o se quedan pescando, o pasan el río conmigo, pero todos lloran al despedirse” (1892: 245).

¹⁰ La entidad de la lengua “guaná” como “lengua franca” es un dato importante, ya que alude a la expansión de las lenguas, dialectos y variantes del maskoi sobre un área inmensa del Chaco boreal que sufría desde hacía dos siglos intensos procesos de cambio, incluyendo una mecánica etno-genética acelerada, por la integración de bandas de diverso origen empujadas más o menos directamente por la presión colonial española desde el Tucumán.

¹¹ El vocabulario está publicado en Cominges, 1892b. Boggiani lo cotejaría con el que él mismo anotaría durante este viaje (Boggiani, 1895a).

alcanzara por tierra, en Puerto Casado. Cominges regaló a nuestros amigos galletas, cigarros y otras cosas que había traído con este fin.

A las 2 p.[m.] nos embarcamos nuevamente en el vaporcito y partimos, parcamente despedidos por los indios, con quienes habíamos compartido tres horas y media agradablemente perfectamente.

(...)

[122] Al volver vimos dos “lobos”, focas que de tanto en tanto asomaban la cabeza a la superficie. Parecían dos troncos, más que dos animales. Fatigados por una jornada al sol y sin reposo, me metí en la hamaca temprano, luego de comer, y me dormí. De repente, un ruido de caballos alcanza mis oídos y me despierta. Veo tres caballos montados por cuatro personas que no logro distinguir, a pesar de la claridad de la luna, ya que ciertamente seguía adormecido. Pero los tres caballos se acercan, y veo que los jinetes son indios, y llevan fusiles. Al notar que había personas en las hamacas, frenan de golpe y saltan a tierra, y uno de ellos se me acerca mirándome muy fijo, como para reconocermé. En el momento no comprendía qué podían estar buscando. Veía bien que estaban impacientes por encontrar a alguien, y que habían esperado reconocer a ese alguien en mí. Observándolos mejor, vi que uno de ellos parecía más viejo que los otros, que no llevaba fusil, y que parecía poseer alguna autoridad sobre los otros. Todo esto fue cosa de unos pocos minutos, ya que de golpe me vino a la mente lo que había visto durante la jornada en Puerto Formosa, y el encargo que habíamos dejado junto con el anuncio de la llegada de Cominges.

Salí de la hamaca y señalando al viejo le pregunté: “¿Cacique Keirá?”. Con palabras que no entendí, pero con señas muy inteligibles, me respondió que sí. Entonces le dije: “¿Juan cacique tuyá?” (Lo cual significa “Juan cacique viejo”, como llamaban a Cominges cuando vivía entre ellos). Las mismas afirmaciones. Entonces les hice señas de que esperaran un momento, y a través de la ventana [123] desperté a Cominges, quien, también él cansado por la jornada, había olvidado a sus indios y se había dormido plácidamente. Al principio no comprendió lo que le decía, pero cuando escuchó el nombre del Cacique Keirá se arrojó del catre donde dormía y salió a la carrera así como estaba, en calzones. Se reconocieron, y a pesar de que el carácter de los indios no deja lugar a grandes manifestaciones de júbilo o dolor, vi claramente que el Cacique estaba muy emocionado y contento de volver a encontrar a su antiguo compañero, a quien no veía desde hacía tantos años, y a quien había esperado por tanto tiempo –dada la promesa que Cominges le había hecho y que por causas ajenas a su voluntad no había podido mantener. Se estrecharon la mano; y todo el tiempo Cominges exclamaba: “¡Oh, amigo, qué bueno de haber venido a verme!” Y el otro [ileg. poniéndole] la mano sobre el pecho le decía: *lectesmá, lectesmá*; lo cual significa: “amigo, amigo”... No sé por qué, pero yo estaba tan contento de ver a esos dos viejos juntos, cambiando esas demostraciones de afecto, como si las mismas hubieran estado dirigidas a mí. En el ínterin llegó Don José Monte, llegaron los otros, se consumieron galletas, azúcar y vino, yo les di los cigarros que había traído de Asunción especialmente para regalar a los indios que encontrase, y luego de que, de este modo, reposaron de la larga cabalgata y aplacaron el hambre, comenzaron

las preguntas y respuestas de uno y otro, no sin dificultad, por medio de un intérprete en guaraní, lengua que algunos de ellos comprenden –si acaso no perfectamente, al menos bastante bien como para hacerse entender. Y Don Juan, recordando algunas palabras guaná, le preguntaba al Cacique por sus hijos (*chircá*) y por su hija (*hilevaná*), y el otro respondía que estaban bien, y con la mano indicaba que habían crecido.¹² Y Cominges le preguntaba si se acordaba de él, y de la batalla que habían librado una noche, en la isla, contra 50 indios de otra tribu que habían venido a combatirlos en canoas, armados con fusiles; y a los cuales habían vencido combatiéndolos por la noche, inesperadamente, contra lo acostumbrado, hundiéndoles las canoas y consiguiendo todos sus fusiles y municiones, sin dejar uno solo con vida.¹³ Les preguntó si recordaban cómo lo habían acompañado en gran número cuando regresó a la costa, cruzando el río junto a él, y de haber comido mucha carne de vaca, y de los regalos que él les había hecho. Tal como los de Formosa, éstos recordaban todo perfectamente, y todavía conservaban algunos de esos regalos. Y mostraron espejitos redondos, cuchillos y otras [ileg. cositas] similares. Y el placer de volver a verlos [124] hacía que Cominges recordara muchas palabras del idioma guaná que había olvidado, y yo aprovechaba para anotarlas, y las hacía repetir por los indios para recoger bien el sonido y traducirlo, lo mejor posible, a la ortografía italiana. Finalmente se hizo tarde, el sueño regresó, y cada uno se fue a su cama. Los cuatro visitantes se acostaron en el suelo, uno junto al otro, cerca de mí, bajo el toldo. Se hizo silencio y, bajo el resplandor plateado de la luna, nos dormimos satisfechos por la sorprendente jornada.

13 [13 de febrero de 1889]

Estuve todo el día conversando con los cuatro indios guaná. Les regalé camisas y pantalones, y nos hicimos buenos amigos. Les dije que iría a visitarlos a sus toldos, en el interior, y se mostraron muy felices. Me enseñaban el nombre de cada cosa en su lengua, para que lo anotara; y haciéndolos repetir dos o tres veces cada palabra conseguí traducir el sonido en nuestra ortografía con bastante precisión. Tienen muchos sonidos de los que carecemos; sólo con signos convencionales y fabricando nuevas letras compuestas pude [ileg. vencer el obstáculo]. Debían partir hoy, pero partirán mañana.

Esta noche, luego de la cena partieron en el vaporcito Don José Monte, Don Juan de Cominges y el primo de Monte, de regreso a Puerto San José, para alcanzar al Bolivia que retorna a Asunción.

14 [14 de febrero de 1889]

Esta mañana partieron mis amigos guaná. El Cacique se fue en el barquito, por el río, rumbo a Formosa; los otros a caballo, por tierra. ¿Cuándo volveré a verlos?

¹² En los vocabularios guaná publicados por Boggiani: *chidchiá* y *hilwaná* (1895a: 68 y 69); y *kircá* y *kilwaná* (1901: 71).

¹³ Esta batalla contra caduveo es narrada en Cominges, 1892a: 136-147.

Transcripción en italiano

[107]

7 Febbraio 1889

A bordo del vapore “Bolivia” dall’Asuncion diretto a Puerto Casado.

Eccomi di nuovo in viaggio. Questa volta durerà ~~un pezzo~~ di molto. Non credo che sarò di ritorno all’Asuncion prima di tre o quattro mesi. Ho intenzione di fare molti quadri, e spero di approfittare un po’ più del mio tempo di quando andai al Rio Negro.

Sono l’uomo più fortunato della terra, malgrado stia sempre lamentandomi ed imprecando alla mia mala fortuna. Sin da bambino sognai e desiderai di fare grandi viaggi in regioni vergini e lontane, fra selvaggi, in paesi sconosciuti... ed ecco avverarsi il mio sogno prediletto, o per lo meno uno dei miei sogni prediletti. Non solo questo; ma mi si presenta ora una occasione veramente eccezionale per mettere ad esecuzione un bel viaggio interessantissimo. La mia condizione d’artista mi mette in contatto con gran quantità di gente di tutte le classi. Fra gli altri conosco un signore italiano stabilito in America da vari anni, sposato con una Signora di Montevideo, il Sig. Cerruti, gerente del Banco Hipotecario del Paraguay nell’Asuncion.

Per combinazione fortunata, questo signore, una eccellente persona e ciò che vi può essere di più buono e simpatico ed educato, è dilettante di pittura, ma dilettante appassionato, le sue molte occupazioni non gli permettano di attendere troppo di raro alla pittura. Divenuto amico suo, vede i miei quadri; gli vado a genio.

Un giorno mi dice:

- Boggiani, vuol fare un bel viaggio e vedere dei bei punti di vista?
- Perché no? Sempre pronto.
- Vuol andare a Puerto Casado
- Dove è?
- Nel Chaco Paraguayo, vicino al Rio Apa ed alla frontiera del Brasile. Dovrebbe andarvi e farvi dei quadri. Per Aprile verrà Casado stesso e non è difficile che le comperi i quadri fatti, rappresentando essi vedute prese nei suoi possedimenti.
- Per Bacco, è una idea bellissima, e ne approfitto; anche se Casado non comprerà niente, ci vado a mio rischio. Tanto mi costa stare qui come stare là; quindi...
- Ma là non le costerà molto perché son certo che Montes, che è il factotum di Casado, e che le presenterò io, le faciliterà ogni cosa senza che lei abbia da fare grandi spese.
- Meglio. Son deciso. Appena finito il quadro [108] che sto facendo, ~~regolate~~ sistemate le mie cose me ne vado. Mi presenti a Montes, glie ne parli e sia di me quel che Dio vuole. Del resto non cerco di meglio che vedere paese nuovo.

Mi presentò a Montes, altra persona gentilissima e simpatica e tutto fu combinato. Ho finito il quadro, ho sistemato i miei affari, ed oggi alle 2 ½ mi sono imbarcato. Casado, mi dimenticavo di dirlo, è un ricco signore spagnolo che s’è fatto

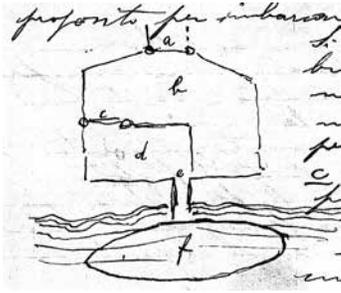
una delle più grandi fortune del Sud America. Si calcola possieda una 20na di milioni di nazionali oro (100.000.000 fr). La proprietà dove vado ora ha una superficie di circa 3.000 leghe q. [quadrate]!! Egli era fratello del pittore Casado di molto talento che morì anni orsono in giovane età.

M'imbarcai alle 2 ½ dovendo il vapore partire alle 3. Non si partì che alle 4 ¾ dopo essere stati salutati a bordo dagli amici. Il Bolivia è uno di più vecchi vapori che abbiano solcato il *rio*. E' proprietà del Governo di Bolivia e lo tiene in affitto Montes, usandolo per servizio specialmente da Asuncion a Puerto Casado ed accettando carica e passeggeri pei porti intermedi. Ha due macchine indipendenti, una per ogni ruota, avendo così il vantaggio di poter girare sul posto. Di sotto, al piano delle macchine, ha molto posto pel trasporto di bestiame. Di sopra corridoi spaziosi e cabine regolari. Senza lusso e senza [illeg. sbavature]; un vapore di commercio. Non ha gran velocità.

Ci siamo lasciati indietro ben presto la città che da lontano si presenta bene nella magnifica posizione in cui si trova. Alle 5 ½ si pranzò. Con Montes (José), il Capitano, il Sig. Cominges, un vecchio esploratore di qui, ed il Sig. Cristofersen, fratello dell'agente della Platense di Buenos Aires, ho pranzato fuori ad un tavolino particolare. Verso sera arriviamo al Remanso del Castillo, dove abbiamo caricato una cinquantina di buoi per Puerto Casado. Una punta di terra e rocce rosse si avvanza nel rio facendogli fare un giro. A terra, dalla destra rimontando, c'è un *corral* fatto a proposito per imbarcare animali.

Si fanno entrare i buoi per la porta *a* nel recinto *b*. Una metà si fanno passare per la seconda porta *c* nel recinto *d* e pel passaggio stretto *e*, in modo che non ne passi che uno alla volta. [109] Si fanno montare nel vapore *f*. La teoria è ciò che è di più semplice; ma la pratica presenta serie difficoltà. È strana la resistenza dei buoi a prendere la strada giusta. ~~Non c'è modo.~~

Solo dopo una quantità di colpi e di strilli e di dopo aver girato in tutti i sensi nello stretto recinto, aggruppati come i pigia[illeggibile] come le aringhe, uno d'essi mette la testa nello stretto passaggio e resta lì a guardare spaventato, colla testa bassa, ammusando il terreno come timoroso di qualche tranello. D'allora raddoppiano le grida e le punzonate ed un passo dopo l'altro arriva sino al vapore. Ma un [illeggibile], una persona, un rumore della machina ed una causa qualunque lo spaventa ed invece di entrare nel vapore incomincia a rinculare e non c'è strillo ne colpo ne fustata che lo faccia andare avanti; ritorna indietro e rientra nuovamente nel recinto *d* e bisogna ricominciare da capo. Per di più mentre tutti stanno intenti a spingere verso il vapore la prima metà, l'altra che se ne sta aspettando la sua volta nel recinto *b*, tanto fa che in un momento di disattenzione, colle corna riesce a levare qualche palo della porta *a* e via tutti di corsa pel campo vicino. E gli uomini montare a cavallo, rincorrerli e ricondurli a loro posto. Finalmente uno dei primi riesce ad arrivare sul vapore. Lo seguono allora gli altri; e vuotato il recinto *d* della prima metà viene la volta della 2°, colle stesse scene e le stesse difficoltà.



E già la notte scende; le nubi si son tinte di rosso restando violacee nelle ombre. Gli alberi si confondono in una tinta oscura, nerastra, e le lucciole cominciano a brillare fra le erbe e fra i rami. L'aria s'è di molto rinfrescata, ed è una delizia stare fuori. A notte fatta lasciamo la costa e si prosegue il viaggio. Intanto sul ponte sopra la tolda delle cabine son saliti montati tutti i passeggeri della classe inferiore, a prendere il fresco. Sdraiati nel loro *poncho* gli uomini ciarlano e fumano. In mezzo a loro una donna sta abbracciata all'amante sta abbracciata con l'amante e baci ed abbracci rotolandosi, e giocando come cani giovani, e nell'oscurità della notte, fra l'altra gente che guarda e non vede, impassibile, si compie l'atto più naturale del mondo, del mondo più naturale; e più della generazione nel mondo più sarebbe del mondo. Alle 9 circa passiamo da Villa Ayez (già Occidental) nel Chaco, senza fermarci. Più avanti distinguiamo nel bel mezzo del Rio una roccia isolata [110] sorgente 5 o 6 metri dall'acqua e con un diametro di 15 o 20 metri. Poi, malgrado che una tribù di bagherozzoli popoli la mia cabina, mi metto in cuccetta e non tardo ad addormentarmi profondamente.

8 [8 febbraio 1889]

M'alzo alle 5 ½. Il cielo è annuvolato e l'aria è fresca. Restò così tutto il giorno. Il Rio continua bellissimo, colle sue lente e frequenti giravolte. Le sponde sono piuttosto basse e quasi senza interruzione coperte da fitti e maestosi boschi. Si vede qualche coccodrillo e se ne ammazza qualcheduno con la carabina. Si fa una sfida fra me, Montes, Cominges ed un certo Gutierrez, tutti armati di Winchester, a chi rompe più bottiglie tirate nell'acqua in 6 colpi. Viene primo Montes che tira benissimo, poi io, poi Gutierrez e perde Comingez. Passiamo dopo mezzogiorno Villa del Rosario. Passiamo vicinissimi alla costa destra; vi sono molti *camalotes*, ed il terreno è molto adattato per *carpinchos*. Ci prepariamo coi Winchester io e Comingez se per caso se ne vedesse uno. Eccone uno. E' grosso e tranquillamente sdraiato fra le alte erbe guardandoci passare. Tira Comingez primo e non parte il colpo perché s'era dimenticato di far passare una delle cariche del deposito nella canna del fucile. Tiro io e colpisco l'animale in un fianco. Immediatamente incomincia a tirare le calzette e nel dibattersi rotola giù dalla *barranca* nell'acqua fra i *camalotes*. Trovandosi nel suo elemento preferito cerca di mettersi in salvo, ma dopo due o tre passi lo vediamo dibattersi nell'acqua disperatamente colla testa fuori e poi scompare. Era morto. E' il primo *carpincho* ed anche il primo

quadrupede di una certa mole che ammazzo in America. Era grosso come uno dei nostri porci ben nutriti. Arriviamo ad alcuni *ranchos*. Il capitano domanda se c'è legna. Alla risposta affermativa, s'ammassano a poppa tre uomini in una canoa e rimontano un po' più il rio. Ci attracciamo a terra dove c'era un mucchio di legna tagliata. E' l'ora di pranzo. Pranziamo e poi approfitto che resta ancora alcun temo prima d'averne compiuto di caricare per scendere un poco a terra. La *barranca* è un po' alta, circa 10 metri. C'è un piccolissimo spazio aperto e poi incomincia subito il bosco fitto fitto. Vi sono aperte due strade (*picadas*). Le percorro un pochino tutte e due, ma non riesco ad uscire dal bosco, formato da alti alberi e da grandi cespugli. Appena metto piede a terra vengo assalito da moscerini e zanzare che si [111] divertono assai a tormentare la mia pelle. Non ho trovato niente di straordinario. Ho visto delle belle felci piccole, ed ho preso un insetto abbastanza raro di forma; una manta. Ritorno a bordo a carico finito, e già è calata la sera. Fino alle 10 ½ sto conversando di astronomia, di elettricità e di volare con Comingez e con Montes, e poi me ne vado a dormire. Arriveremo domani verso mezzogiorno a Villa Concepción. [Illeg. Cominciamo] molto adagio.

9 [9 Febbraio 1889]

M'alzo alle 5 ½. L'aria è fresca ed il cielo leggermente coperto di bianche nubi. S'arriva ad un rancho e s'amarra a terra per caricare legna. Scendo naturalmente a terra; **Stiamo vicini ad** La costa è formata da una *barranca* piuttosto alta e quasi a picco. Il terreno mi sembra calcareo, d'un fango bianco attaccaticcio ed assai scivoloso. Sopra una specie di boscaglia d'acacie e d'altri alberi a foglia piccola, alcuni dei quali letteralmente coperti di lunghe matasse di licheni assomiglianti a barbe di profeti od ai capelli d'Assalonne. L'erba che copre il terreno è completamente pregna di rugiada che è in queste regioni straordinariamente abbondante. Ritorno a bordo bagnato sino alle ginocchia e colle scarpe infangate in modo speciale. Segue la navigazione fra due sponde coperte d'alberi fittissimi, interrotti solo da qualche grande palmare che lascia intravedere un po' più l'orizzonte. In uno di queste è posto Pedernal. Passiamo vicino alla costa per gettare in una bottiglia chiusa la corrispondenza. Ci salutano, aggruppati curiosamente una ventina o più d'*indios* lenguas; alcune donne coi bambini involte in una grande pelliccia, col pelo da dentro, altre con *ponchos* stracciati. Gli uomini dal grande petto sporgente, solo coperti da un avanzo di poncho legato intorno ai fianchi, ed alcuni d'essi con collane di tavolette rettangolari di madreperla che brillano al sole risaltando splendidamente sul bruno rossastro della loro pelle. Hanno una figura maestosa, malgrado che d'alcuni di loro non si possa proprio dire che tengono un bella faccia. Nelle orecchie, un foro enorme del polpastrello contiene un dischetto giallognolo a guisa di orecchini.

Verso le 12 arriviamo davanti le bocche del Rio Ipané, che è il canale di comunicazione commerciale con gli *Yerbali* dell'interno. Ha molta acqua ed è assai correntoso. È navigabile con le canoe. Passiamo il Cancro del Capricorno. Alle 2 ½ gettiamo l'ancora davanti al molo di Villa Concepción.

[112] Abbiamo passato punti magnifici, tra sponde coperte d'alberi maestosi e d'un effetto sorprendente. Un *carpincho* ci sta guardando curiosamente. Non ho il fucile

e chiamo Montes perché gli tiri un colpo di carabina. Non fa in tempo. Il *carpincho* si tuffa nell'acqua e non si vede più.

Dovendo scaricare molta merce, siamo scesi a terra per fare una vistata alla città. Solite strade dritte e poche case di materiale e molti *ranchos* di legno e *barro*. Avendo piovuto nella giornata per una mezz'ora, le strade son fangose in modo straordinario. In una *tienda* grande, appesi al muro vedo certi fiocchetti bianchi di piume, lavoro di indiani. Domando se sono da vendere e me li regalano. Erano un poco avariati ma serviranno ugualmente e faranno la loro figura nella mia futura grande collezione.

Alle 8 ½ si riparte. Il cielo è sereno, brilla la luna e l'aria è fresca; ed io me ne vado a dormire nella cuccetta. A domani.

10 [10 Febbraio 431889]

Di notte passiamo il rio Aquidaban e naturalmente io non lo vedo. Non mi ricordo più a che ora passiamo davanti ad alcuni grandi *ranchos*. Coperti di tegole, posti in bella posizione sopra un terreno alto. È S. Salvador, popolazione abbandonata, credo da molto tempo, causa una invasione di indi, ma più ancora per la scarsità di popolazione del Paraguay. Quasi di fronte a S. Salvador incominciano le proprietà di Montes, dopo le quali incominciano quelle di Casado. Dalle due parti boschi immensi, ed il Rio presenta un aspetto di grandiosità straordinario, ammantato dalla grande solitudine. Verso sera arriviamo a Puerto Palacio che è uno dei primi *puestos* stabiliti nelle proprietà di Casado. Capataz de Puerto Palacio è un tal Martinez, Gallego, che tutti chiamano il Cacique Martino, perché è grande amico degli indi ed ha fatto vita con loro per molto tempo. Mi dicono che alle volte quando deve internarsi fra le tribù indiane del Chaco, come i selvaggi si dipinge la faccia e si pone ornamenti di piume ed altro, e così conciato compie perfettamente le sue missioni, senza pericoli. E' un tipo brillante e svelto. Peccato che sia in modo straordinario portato ad ubriacarsi con *caña*; e malgrado la proibizione assoluta d'introdurre *caña* in tutte le proprietà di Montes e Casado, e malgrado gli sforzi veramente erculei che Martinez fa per non lasciarsi attirare dalla terribile tentazione, pure, siccome i contrabbandieri [113] vi sono dappertutto, qualche volta una damigiana di *caña* arriva ad entrare; ed assaggiato il primo bicchierino difficilmente resiste al secondo, e tanto meno poi al terzo, e così di seguito sino a che le idee sono completamente confuse e la damigiana stessa serve da bicchierino. Però fortunatamente questo succede assai di raro. Martinez è un entusiasta e gran difensore egli indi. Egli dice che preferisce assai avere degli indi che qualunque peon *paraguayo* o argentino o d'altra qualunque parte. Più lavoratori, più seri, meno viziosi e più onesti. Tiene vicino al suo rancho un *toldo* con un *cacique*, ed una quarantina di salariati (*peones*) e donne e bambini che egli educa poco a poco e fa lavorare per l'estancia, e dice che gli danno un buonissimo risultato e lo credo. Ho visto il *Cacique*, e gli ho visto incluso una camicia pulita; e tutti gli indi ad un cenno di Martinez, puliti ed allegri, correvano ad eseguire i suoi ordini. Se tutti i capataz fossero come Martinez credo che non occorrerebbero molti *peones* civilizzati nell'estancia! Ripartiamo a notte dopo aver caricato legna.

11 [11 Febbraio 1889]

Arriviamo la mattina assai per tempo a Puerto San José. Capataz Gutierrez. Molti indici ricevono sulla sponda. Scendiamo a terra ed andiamo al *puesto* che dista 5 o 600 metri dal punto di sbarco. C'è un rancho grande ben fatto e vari altri di minore importanza. Prima d'arrivare incontriamo, su un terreno un po' rialzato, la *tolderia* degli indici che stanno qui. Come tutte quelle che ho viste sino ad ora, anche questa è provvisoria. È formata da piccoli pali, o meglio da rami più piccoli e da erba. Aperti a tutti i venti, non servono che a riparare gli abitanti dalle forti rugiade della notte. Un vento forte manda all'aria tutto quanto. Ma tali case si ricostruiscono con la massima facilità, ed il danno è poco. Questi indici sono Sanapaná, come quasi tutti quelli che son venuti ad abitare alla sponda del rio dopo la venuta dei nuovi abitatori. Sono abbastanza miserabili, e gli uomini lavorano a tagliare palme ed a caricare legna e bighe (travi di quebracho e d'altra qualità di legname qualunque). Li pagano dando loro galletta, vestiti, tabacco ecc. ecc. Puerto S. José è posto in principio di una grandissima [illeg.] aperta, in cui sorgono diritte al cielo [114] ~~una immensa quantità di~~ infinite palme. Montando sopra un carro fatto di tronchi di palme e con le ruote di un legno duro e compatto nerastro, si distingue all'orizzonte, fra le palme, il Cerro Galban che è, pare, il principale di quelli conosciuti esistenti nell'estancia. Dicono che avrà un 300 metri d'altura; ma non credo tanto.

Di fronte a San José, c'è l'isoletta di pietra calcarea detta Peña Hermosa, ed è veramente bella. Dietro la isola s'interna nel Paraguay un rio piccolo, il Rio Barriego che mi parve stupendo. Qui verrò più tardi e lo navigherò con qualche canoa sin dove mi sarà possibile. Più avanti passiamo davanti ad Apatuyà e più avanti, entriamo nel ramo destro del rio, divido da una grande isola, e si arriva, al piede di una bela collina di roccia calcarea e coperta di piante, alla colonia Risso. C'è un molo di legno in malo stato, ma ancora servibile. Vi sono vari *ranchos*, ed in bellissima posizione due casette di materiale ben fatte. C'è un forno in costruzione della calce. Venne a bordo a salutare don José il direttore dello stabilimento[,], un certo Pagani, uomo sui 45 anni. S'incontra dopo circa 11 anni con Dn. Juan de Cominges che qui, in questo medesimo luogo, passò dei brutti quarti d'ora al tempo della sua spedizione nell'interno del Chaco, di cui, con altri, doveva pure far parte Pagani, e che invece Cominges compì solo. Di questa spedizione il Cominges pubblicò una relazione che mi ha promesso di mandarmi appena arrivi a B. Aires.

Dopo circa mezz'ora di fermata per caricare alcune pecore e poca carica proseguiamo il cammino pel medesimo canale. Ben presto volge a destra e dopo breve tratto rientriamo nel ramo principale del rio e di fronte a noi ci si presenta un tratto di fiume lungo circa una lega, ed a metà sulla sponda sinistra, sul Chaco, si vedono i tetti di lastre di ferro zincato del *Cerradero* e di *ranchos* che formano il centro principale dell'estancia, puerto Casado. Il paese è piano dalle due parti; a destra, passata una grande isola bassa, e bagnata, si vedono altre colline tutte rotonde e completamente coperte di piante. Arriviamo verso le 10 ½. Ci aspettano sulla *barranca* formata di una terra biancastra e scivolosa, tutti gli abitanti del Puerto ed una turba di 50 o 60 indici; maschi e femmine. Sono tutti piuttosto brutti e male in arnese. Ora che son qui avrò tempo

di studiarli per bene. Questi non sono però il tipo vero da studiare; perché sono assai guastati dal [115] contatto della gente così detta civilizzata, che hanno saputo insegnare loro ogni sorta di vizi e difetti ~~senza pensare~~ e non una sola virtù. Per di più credo che qui siano venuti i più miserabili, e sono in generale sucidi e disordinati, mentre mi dicono che, salvo eccezioni, quelli dell'interno sono assai puliti, si bagnano anche due o tre volte il giorno, si pettinano ed hanno abitazioni bel fatti, oltre ad essere onesti e leali e coltivatori. Anche fra questi però ve ne sono di buoni e fra gli altri il migliore di tutti è il cacique Miscí, uomo piuttosto giovane ancora, e il miglior lavoratore. Ha una figura simpatica, ben fatta, serio e poco parlatore, qualità comune alle migliori tribù.

Segue 11 [11 Febbraio 1889]

Siamo stati stasera a fare una passeggiata verso nord, sino allo sbocco del Río, dell' ~~Arroyo Dulce~~ Riacho Salado¹⁴, che disterà del Puerto Casado non più di due chilometri e mezzo. I carri hanno aperta una vera strada. La terra dei dintorni essendo poco fertile, le piante non hanno un grande sviluppo. In generale tutte sono di fogliame minuto e d'un verde chiaro polveroso. Molti arbusti e quasi tutti spinosi. Vi sono delle piante grandi letteralmente coperte d'ogni sorta di parassiti, grandi e piccoli. Andando a cavallo in breve arriviamo. Sulla sponda è posta la tolderia del Cacique Miscí. Soliti rami coperti d'erbe. A riparo dal sole stanno ammonticchiate donne vecchie e giovani e bambini quasi completamente nudi; fumando o mangiando o chiaccherando. I fuochi sono accesi e grossi pezzi di carne stanno cuocendo infilati [su] bastoncini come spiedi piantati al suolo. La notte sempre tengono acceso un fuoco per allontanare, credo, le bestie feroci. Ritorniamo indietro passando un poco più addentro nel campo. Tutto piano e lunghe esili palme s'ergono al cielo dappertutto. Doveva essere un palmare molto fitto questo, ora la maggior parte sono state tagliate. Per domani mattina sarà pronto il vaporetto Edoardo 1° per trasportarci sino a Puerto Formosa più in là del Río Apa. Partiremo la mattina per tempo e torneremo la sera. Son circa 10 leghe di Navigazione.

12 [12 Febbraio 1889]

Ci siamo imbarcati stamattina sul vaporetto Edoardo 1° tutto di ferro, coperto di un *toldo* di legno coperto di giunco, e siamo partiti alle 7,14',30". Eravamo io, Dn. José Monte, Dn. Juan de Cominges, un cugino di Monte ed il maggiordomo.

Sopra una tavola Dn. Juan de Cominges pose due bussole e l'o[116]rologio per osservare il rumbo che teneva il vaporetto e calcolare, più o men con precisione, la velocità. Io, col libretto ed il lapis segnavo i dati che mi dettava Dn. Juan di quando in quando, e disegnavo la topografia del río a occhio, annotando ogni volta che Dn. Juan mi dava un dato, ciò che si vedeva da una parte e l'altra del río nel punto dove era stata presa la osservazione. Così ogni tanto per tutto il percorso abbiamo rilevato con

¹⁴ Riacho è il canale minore del Río grande formato da una isola, ha principio, quindi, e fine nel Río stesso. Nel Riacho salado sboca Arroyo (piccolo fiume) Dulce.

bastante esattezza tutto il tratto di Rio tra Puerto Casado e Formosa. Partimmo dunque alle 7,14',30" in direzione N.O.

Ben presto (7,25',30") passammo di fronte allo ~~imboccatura~~ sbocco del Riacho Salado sulla sponda del quale sono posti i toldos miserabili degli indi Sanapanà dipendenti dal Cacique Miscí. Il rio fa un gomito qui e volge a destra. Le due sponde sono basse, essendo formate da due isole[,] una formata a Sinistra dal Riacho Salado, e l'altra, a destra[,] dal Riacho Carpincho che ha la sua imboccatura un po' più in su[,] proprio di fronte a quella del Salado. Nell'isola di destra il terreno si rialza un poco e buon numero di palme son cresciute alte alte, e si specchiano nelle acque placidissime del Rio. Passiamo le due bocche alle 7,55. A destra (NE) vediamo una collina isolata dalla solita forma arrotondata e completamene coperta da fitto bosco. Più avanti in là se ne vedono altre formanti una piccola catena di 5 o 6 punte degradanti sino al Rio, formando nel punto di congiungimento una punta prominente con uno scoglio di roccia calcarea grigiastra a picco sull'acqua e [riflettentevisi] con un bellissimo effetto. E' un quadro bellissimo, splendente di luce e con un orizzonte vastissimo, tutto azzurro e bianco. Alle 8,39 passiamo, per mezzo del vasto rio, la punta a picco; L'acqua scavando il piede della roccia ha formato delle grotte per cui la muraglia superiore sta sospesa sopra l'acqua sporgendo di due o tre metri, a volta. La sponda destra segue per lungo tratto, sin quasi di fronte a Puerto Montes, rocciosa e alta. E fra le pietre, dappertutto molte piante son cresciute, e fra di esse abbondantissimi i cactus ed i caraguatà. La costa sinistra è bassa; Addentro si vedono numerose palme. Alle 8,59 arriviamo a Puerto Montes. Scendiamo per qualche minuto a terra. Due *Ranchos* grandi formano per ora l'abitazione principale del Puerto. Una quarantina di indi Sanapanà della stessa qualità di quelli di Puerto Casado abitano una *tolderia* vicina dei *ranchos*. Ripartimmo alle 9,21 in direzione N.E. avendo preso tale rumbo ~~sino da~~ prima di passare davanti la punta rocciosa. Pochi minuti dopo, alle 9,30 arriviamo davanti a Guardia Francia sulla sponda destra ed allo sbocco del Riacho Martina sulla sinistra. Guardia Francia consta di due o tre *ranchos* coperti di lastre di ferro zincato e di un molo di legno protendentesi nel Rio; il tutto abbandonato. E' posto in bella posizione al principio di una scogliera che segue il rio quasi sempre sino ad una collinatta, come tutte le altre completamente verde, di fronte alla quale s' arriva in poco meno di 25 minuti. Il Riacho Martina che sbocca [117] nel medesimo punto, dalla parte del Chaco, ha un percorso abbastanza lungo e forma una isola piuttosto grande. Internandosi dentro terra rasenta un *cerrito* (collina) che si vede a distanza in direzione N.O. più o meno; quando il Rio non è troppo basso, questo canale è navigabile e lo dicono bellissimo; specialmente ~~vicino~~ sul punto in cui tocca il Cerrito. Se mi si presenterà l'occasione vi andrò. Proseguendo il cammino vedo la sponda destra rocciosa ed alta assai, sempre coperta di folti alberi, presentando un aspetto di grandiosa solitudine ~~desolata~~. L'isola, in principio, è provvista di abbondanti palme, poi si fa bassa e bagnata nel punto specialmente dove il Rio volge a sinistra. In tal punto arriviamo alle 10,0'30". Dalla parte destra, sopra una *barranca* piuttosto alta dalla solita terra biancastra vi sono alcuni *ranchos*, pure abbandonati, credo, chiamati Capitania Pué Segue sempre il bosco; e nel medesimo punto s'interna un canale piuttosto largo che forma un'altra isola non molto grande; infatti arriviamo all'altra punta della medesima

in 10 minuti, alle 10, 10; da quel punto quasi subito vediamo a destra il terreno molto basso e paludoso della bocca del Rio Apa che poco più avanti entra nel Rio Paraguay, formando varie isolette. Ed ecco al di là dell'Apa la prima terra Brasilera che io vedo e nel medesimo tempo anche le prime abitazioni Brasilere formanti la Colonia Apa. Sono una ventina di *Ranchos* disposti in fila sulla sponda nord dell'Apa contornati da boschi. Di fronte alla foce dell'Apa nel Chaco c'è l'imbocco del Riacho Martina che ci lasciamo indietro alle 10,30. Poche palme a sinistra e poche piante a destra dove il terreno è basso e bagnato. Alle 10,45 passiamo davanti ad un canale abbastanza grande che s'interna nel territorio del Brasile e va a finire molto lontano formando una grande isola di cui non vediamo la fine perché, dopo essere voltati un gomito a sinistra alle 11,5'30" costeggiando prima una *barranca* piuttosto alta dal lato del Chaco, coperta da molte palme, vediamo di fronte a noi Puerto Formosa, dove arriviamo alle 11,19', mentre la costa della isola di destra segue la gran curva che fa il Rio verso quella parte e lo sguardo non arriva a distinguere l'imboccatura del Riacho che deve essere molto più in su.

Maggior quantità d'Indi ci aspettava al nostro arrivo. Sulla sponda dove dovevamo scendere, alti, ritti svelti e ben formati, coi capelli lunghi tenuti indietro da un pettine curvo di corno, molti con collari di madreperla, nudi sino alla cintola, e nude le gambe, con un drappo intorno la vita cadente sino al ginocchio, quasi tutti con fucile, con lo sguardo intelligente e serio, tutti senza baffi e senza barba, giovani e vecchi, molti [con] le spalle coperte da un piccolo *poncho* che arriva sino alla vita; alcuni con cinture alla vita [118] fatte di conterie d'azzurro, di rosso e di bianco e d'altri colori e disegni, Tutti indistintamente con una borsetta di corda a tracolla, nella quale tengono tutte le cose necessarie, come tabacco, pipa, esca, legnetti per accendere fuoco, cariche e tante altre piccole cose; ci stavano guardando dall'alto senza parlare, tranquillamente. Scendemmo. Al primo aspetto, facilmente, per l'acconciatura dei capelli, pel pettine, tutti ~~sbarbati~~ senza baffi e senza barba, specialmente i giovani si sarebbero potuti prendere per donne. Ma la statura ed il portamento, e l'armi che portavano non erano da donne. Sapevamo, per notizie avute, che i due *Caciques*, Pucú e Cheirá, di tribù Guaná[,] erano venuti dai loro *toldos* dell'interno (distante una ottantina di leghe da Formosa [illeg. quello] di Cheirá) con molti dei loro erano venuti alla costa.

Cominges[,] che tante pene aveva passato al tempo della sua spedizione e che tanto bene era stato trattato specialmente dal Cacique Cheirá[,] era impaziente di incontrarsi con essi, ed appena scese a terra domandò di loro. Molti dei parenti lo riconobbero perfettamente, malgrado che 12 anni circa fossero passati da allora. Essendo il carattere di tutti gli indi in generale e di questi in particolare specialmente riservato, serio e taciturno, non poteva dar luogo a manifestazioni rumorose di contento e di riconoscimento. Nessuno si mosse. Però ho potuto osservare dallo sguardo e da sommesse parole scambiate rapidamente fra di loro, che molti avevano perfettamente riconosciuto l'amico che aveva passato, solo, circa tre mesi vivendo con loro essi[,] e come loro essi nel loro *toldo*, nel *Pahát Chilmó* (Villaggio della laguna) dipendente dal Cacique Cheirá. Cominges subito, con le poche parole che ricordava di Guaná, coi segni

e con l'aiuto di interpreti guaraní (lingua che qualcuno dei Guanà capiva più o meno bene) domandò dei due Caciques. Con suo gran dispiacere seppe che il Cacique Cheirá il giorno prima era ripartito coi suoi per ritornare al Pahát; e che solo Pucú rimaneva nel *puesto* con la sua tribù.

Venne Pucù, un vecchio lungo e magro con un gran cappello di paglia e riconobbe Cominges [,], il quale non capiva nella pelle dalla emozione di rivederlo. Ma molto più avrebbe desiderato di rivedere Cheirá, che molto più di Pucù lo aveva aiutato e protetto in tempi per lui assai difficili. E cominciò a domandare mille cose, e se si ricordavano di lui, se lo riconoscevano, se ricordavano d'aver passato il rio con lui, d'aver mangiato carne di vacca, dei regali che loro aveva lasciato, se ne avevano ancora; se Cheirá era già lontano, e se non si poteva farlo retrocedere mandando qualcuno ad avvertirlo della sua venuta. Si ricordavano molti perfettamente di lui, lo chiamavano Juan Cacique tuyá (Giovanni cacique vecchio)[,] riconoscevano [119] gli occhiali la barba un po' incanutita; ricordavano d'averlo accompagnato e d'aver passato il rio, d'aver mangiato la carne di vacca. E dei regali alcuni ne restavano loro, qualche specchio, qualche coltello ecc. ecc. Il Cacique Cheirá non doveva essere ancora molto lontano ed uno di loro sarebbe partito per avvisarlo. Anzi[,], mentre stavamo parlando ed interrogando, senza che nessuno gli lo avesse detto, già uno di loro era partito per raggiungere Cheirá ed avvisarlo del lieto avvenimento.

Andammo al rancho grande del Puerto, che è posto sopra un rialzamento del terreno un po' scostato dal Rio. Serve da *almacen* e da abitazione del Capataz, certo Maurizio Samaniego, *Paraguayo*, uomo serio, giovane ed assai simpatico. A destra ed a sinistra dal Rancho maggiore fiancheggiato da un altro lungo, aperto pei *peones*, un po' scostati avevano gli indi piantati i loro *toldos* provvisori, quasi tende di campo, uguali a quelli che ho visti prima. Per lungo tratto si stette scorrendo come meglio si poteva coi Guaná.

E nel mio libretto delle annotazioni io marcava le parole di cui potevo avere il significato esatto a guisa di dizionario. Me le metterò bene nella mente e ne raccoglierò il più che mi sarà possibile onde potermene servire efficacemente se un giorno farò una escursione nell'interno; essendo il guaná la lingua toscana del Chaco, pare, sapendo la quale facilmente ci si può fare capire da tutti gli indi. Cominges promise di mandarmi una copia della raccolta di parole Guaná delle parole Guaná che poté raccogliere e tradurre durante la sua permanenza fra quelli tribù. Vidi nell' *Almacen* de Samaniego un cantaro piccolo a due o tre terrine a disegni fatti dagli indiani, chiesi di comprarli e gentilmente Samaniego me li regalò, non volendo in nessun modo essere pagato. Mi regalò pure una lunga fascia tessuta dagli indi e due collare di madreperla; ed altri quattro ne comprai io stesso dagli indi con tre pettini d'osso in cambio di capsule fulminanti per loro fucili e di palle di piombo. Lasciamo detto che se veniva il Cacique Cheirá, gli dessero cavalli perché ci venisse a raggiungere, per terra, a Puerto Casado. Cominges regalò ai noi amici galletta, sigari ed altre cose che aveva portato con se appositamente.

Alle 2 p. ci imbarcammo di nuovo a bordo del vaporetto e si riparti, salutati parcamente dagli indi coi quali avevamo passato circa tre ore e mezza aggradevolmente *perfettamente*.

(...)

[122] Nel ritorno abbiamo visto due *lobos*, fochi che sporgevano di tanto in tanto la testa fuori d'acqua. Sembravano due tronchi di legno, piuttosto che due animali. Stanchi della giornata passata al sole e senza riposo, mi misi nell'amaca per tempo, dopo pranzo e m'addormentai. Tutt'a un tratto un rumore di cavalli mi giunge all'orecchio e mi sveglia. Vedo tre cavalli montati da 4 persone che non distinguo bene, malgrado la luce chiara della luna, e causa certamente l'essere ancora mezzo addormentato. Ma i tre cavalli si avvicinano, e vedo che chi li montano sono indi, ed hanno fucili. Vedendo delle persone nelle amache, immediatamente si fermano e mettono piede a terra, ed uno d'essi mi s'avvicina guardandomi fisso fisso come per riconoscermi. Io al momento non capiva ciò che volessero. Vedevo bene che erano impazienti di vedere qualcuno e che in me avevano sperato di riconoscere la persona ricercata. Guardandoli bene visi che uno d'essi pareva più anziano degli altri, che non portava fucile, e che pareva avere sugli altri alcuna autorità. Tutto ciò fu cosa di pochi minuti; perché ad un tratto mi balenò nella mente ciò che aveva visto nella giornata a Puerto Formosa e l'incarico che avevamo lasciato indietro all'annuncio dell'arrivo di Cominges.

Scesi dall'amaca ed indicando il vecchio con la mano gli domandai: Cacique Cheirá? A parole che non capivo ed a cenni intellegibilissimi mi risposero che sì. Allora gli dissi: Juan cacique tuyá? Che vuol dire: Juan cacique vecchio (Così chiamavano Cominges quando stava con loro). Altre affermazioni come sopra. Allora feci loro segno che aspettassero un momento, e per la finestra [123] svegliai Cominges che lui pure stanco della giornata non pensava più di suoi indi e s'era tranquillamente addormentato. Sulle prime non capì ciò che gli dicevo, ma udito bene il nome del Cacique Cheirá, si gettò del *catre* nel quale dormiva, e così in mutande come stava venne fuori di corsa. Si riconobbero, e malgrado che il carattere degli indi non dia luogo a grandi manifestazioni di giubilo e di dolore, pure vidi perfettamente che il Cacique era assai commosso e contento di rivedere il suo antico compagno che da tanti anni non vedeva e che per tanto tempo aveva aspettato[,] secondo la promessa che Cominges gli aveva fatto e che per cause indipendenti dalla sua volontà non aveva potuto mantenere. I si strinsero la mano; e ad ogni tratto Cominges esclamava: *Oh! Amigo, que bueno de haber venido a verme!* E l'altro, [illeg. posandogli] la mano nel petto gli diceva: *Lectesmá, lectesmá;* che vuol dire, amico, amico... Non so perché ma io era tanto contento di vedere quei due vecchi insieme e scambiarsi quelli dimostrazioni d'affetto come se a me stesso fossero diritte. Nel frattempo venne Dn. José Monte, vennero altri, si fece dai loro galletta e zucchero e vino, io diedi loro di sigari che m'avevo portato dall'Asunción espressamente per regalarne gli indi dai quali mi sarei incontrato, e dopo che così furono un poco riposati dalla lunga cavalcata ed ebbero sedata la fame, incominciarono le domande e le risposte alternate non senza difficoltà per mezzo d'interprete in guaraní, lingua che alcuni di loro capiscono, se non perfettamente, almeno abbastanza per farsi intendere. E Don

Juan ricordando alcune parole di Guaná, le diceva al Cacique, e gli domandava dei figli (*chircá*) della figlia (*Hilevaná*) e l'altro rispondeva che stavano bene e con la mano indicava che erano diventati grandi. E Cominges a domandargli se si ricordava di lui, e della battaglia che avevano fatto la notte nell'isola contro 50 indi d'altra tribù che erano venuti per combatterli, armati di fucili, e con canoe; e che li avevano vinti combattendoli inaspettatamente di notte contro le abitudini, e mandando loro a picco le canoe e conquistandone tutti i fucili e le cariche, non avendone lasciato neppure uno vivo. Domandò loro se si ricordavano d'averlo accompagnato in tanto numero al suo ritorno alla costa e d'aver passato il rio con loro, e d'aver mangiato carne di vacca, molto, e dei regali che loro aveva fatto. Come gli altri di Formosa, di tutto perfettamente si ricordavano, ed alcuni dei regali che loro aveva fatto rimanevano ancora. E mostrarono specchietti rotondi, coltelli ed altre [illeg. cosette] simili. Ed il piacere di ritrovarsi con essi [124] faceva ritornare alla mente a Cominges molte parole dell'idioma Guaná che non ricordava più, ed io ne approfittavo per annotarle, e le facevo ripetere degli indi per coglierne bene il suono e tradurle il meglio possibile sull'ortografia italiana. Finalmente si fece tardi assai; ci ritornò il suono ed ognuno ritornò al proprio letto; i quattro nuovi arrivati si posero uno accanto all'altro al suolo vicino a me, sotto la tettoia, si fece silenzio ed al chiarore argentino della luna ci siamo riaddormentato soddisfatti della impensata giornata

13 [13 Febbraio 1889]

Tutto il giorno sono stato conversando con i quattro indi Guaná. Ho regalato loro delle camicie e dei pantaloni; ci siamo fatti molto amici. Ho detto loro che lì andrò a trovare nel loro *toldo* dell'interno; e se ne mostrarono molto contenti. Di ogni cosa mi davano il nome nella loro lingua perché lo annotassi; e facendo loro ripetere due o tre volte le parole ho potuto tradurre il suono nella nostra ortografia con abbastanza precisione. Hanno molti suoni che noi non abbiamo; solo con segni convenzionali e fabbricando delle nuove lettere composte potei arrivare allo [illeg. scoglio]. Dovevano partire oggi, ma partiranno invece domani.

Dopo pranzo questa sera, col vaporetto sono partiti Dn. José Monte, Dn. Juan de Cominges, ed il cugino di Monte alla volta di Puerto S. José per raggiungere il Bolivia che fa ritorno all'Asuncion.

14 [14 Febbraio 1889]

Stamani sono partiti i miei amici Guaná. Il Cacique se ne andò in vaporetto pel fiume sino a Formosa; gli altri a cavallo per terra. Quando li rivenderò?